

## VISTO Y OIDO ★ Deben Morir Sentados ★ por PREMIANI



✓ **Todos los LAMAS** DEBEN MORIR SENTADOS, para que su CADÁVER ADQUIERA LA POSICIÓN de BUDA. Por eso, CONFORME A GONIZACIÓN, se les HACE ADOPTAR tal POSTURA.

✓ **El POETA CATALÁN TORRELLAS**, del SIGLO XV, fue APRESADO, DESNUDADO, MARTIRIZADO y ASESINADO en la PLAZA PÚBLICA por las MUJERES ENFURECIDAS, a CAUSA de HABER ESCRITO un LIBELO CONTRA ELLAS.

✓ **Para COMBATIR a la LANGOSTA** en AMÉRICA, el REY de ESPAÑA DICTO en 1619 un DECRETO, QUE ORDENABA ARAR la TIERRA y ECHARLE **CERDOS** QUE DESCUBRIEREN y COMIESEN la SEMILLA del ACRIDIO DAÑINO.



✓ **EL LAGO de TITICACA**, en BOLIVIA, es el MÁS ALTO de la TIERRA: está a 3.900 METROS SOBRE el NIVEL del MAR, MIDE 195 KILOMETROS de LONGITUD por 68 de ANCHO, y tiene 25 METROS de PROFUNDIDAD.



✓ **La ÚNICA MUJER ENTERRADA** en el PANTEÓN de FRANCIA, es la ESPOSA del SABIO **BERTHELOT**, MUERTA unas HORAS ANTES QUE SU MARIDO, QUIEN se SUICIDÓ al PERDER SU COMPAÑERA.



✓ En un JARDÍN de KIZAMISK (BULGARIA) fue CONSEGUIDA una **ROSA AZUL**, QUE ES, SEGURAMENTE, la FLOR MÁS RARA del MUNDO.

# La Sombra de Don Cantalicio

**C**ANTALICIO Barrionuevo no fue como se dijo en su pago, un gaucho audaz y valiente, predispuesto a la pendencia y a las correrías delictivas. El decir de las gentes no puede tomarse, nunca, como base para hilvanar comentarios que al final resultan dagas afiladas que abren heridas como surcos en la reputación de quienes vivieron entregados al trabajo, siempre fecundo, en las campiñas argentinas.

Cantalicio Barrionuevo ha sido toda su vida un predestinado y como tal se defendió a brazo partido del desborde incontinente de las pasiones humanas. Había adquirido su experiencia en la lucha y en el dolor y sólo conocía la firmeza de las ruedas tempestades. Más de una vez sintió la necesidad de buscar consuelo en las caricias de cualquier cosa, pero su destino era sufrir las crueles inquietudes de un pago que no le permitía ser feliz. Su vida fue una sucesión de sufrimientos que él mismo se atribuía a su condición de noble criollo, fué adquiriendo la conciencia que se debía a su raza y a su posición social. En medio de una familia de serenos que cumplían el deber de su propia ignorancia. El más que nadie, tenía derecho a reclamar justicia de los esclavos que lo apedregaron sin motivo. Y sin embargo cuando quiso hablarles, cuando intentó decirles con palabras rústicas pero sencillas, empapadas de un sano humanismo, que él era un gaucho distinto a los otros, lo envolvieron en el poncho del desprecio, colándolo en el supremo trance de matar o perdonar. Si hubo alguien que se interesó sinceramente por Cantalicio fué una mujer que murió sin haberlo conocido nunca. Se anticipó a la muerte no por romanticismo — que en aquellos tiempos nadie lo conocía — sino para ejemplo de las generaciones futuras, de quienes esperaba, sin duda, el dote de todas las canaladas. Fue la historia triste de una pareja — un gaucho y una china — que vivió la incertidumbre de una noche angustiada en un pueblo lejano de la provincia de Buenos Aires. Ni estilos ni violines improvisaron los cantores del pago en homenaje a Cantalicio, el gaucho que pasó su vida enhorquetado sobre el lomo fleco de un potrero — el destino — al que no pudo domar nunca. Su dolor fué la consecuencia lógica del poder de las gentes que lo colocaron en el cepo de la desgracia con sus chillidos de lechuzas infames.

En la especie humana también existen las aves de rapina, anunciadores de episodios fatales, seres inconfundibles que se desangran en el malacate de la vida, pájaros agoreros que intranquilizan a los supersticiosos cuando detienen su vuelo en el palo de un alambrado o en una tranquera frente a cualquier rancho.

No ha sido precisamente en el tiempo que las nubes de los

En la encrucijada de la vida el gaucho Cantalicio vivió con estoicismo sus horas más angustiosas; pero todo ese dolor, todo el desprecio de las gentes le sirvió para orientarse mejor en sus minutos de amargura inaudita como un misionero arengando a las muchedumbres angustiadas desde los picos de las lomas lejanas.

Largamente meditó en su rancho sobre la actitud de Nicanor Salvatierra y de su hija Eufrosia, de quienes había recibido siempre toda clase de atenciones. Ellos se habían sumado a los que, sin motivo, lo aniquilaban a toda hora y en cualquier parte con sus comentarios crueles.

Y en medio de todos, en medio de los iconoclastas del humano saber, Cantalicio seguía arengando a las estrellas como un iluminado, como un incomprendido. Era un genio en medio de los jaguares de su pago que intentaron devorarlo. Y sin embargo nada pudo conseguir aquel hombre convertido en Nazareno por la fuerza de las gentes, que a pesar de ser cristianos vivían al margen de la civilización. Hasta el dueño de la estancia "Los Mirasoles", a cuyo servicio estaba Barrionuevo, le tenía inquina.

Cada orden iba acompañada de un rebencazo, y al primero seguían otros, aplicados siempre con indignación. El gaucho no hacía asomar a sus labios ni siquiera una protesta; inmóvil, como una estatua, resistía el castigo de aquel hombre con instinto de hiena, con prepotencia de caudalado. La tía de Cantalicio, vinculada con el estanciero en una justa de lujuria y de vergüenza, lo obligaba a permanecer en las órdenes del canalla que todo lo arreglaba con dinero.

Y cuando nadie lo presentía llegó el momento en que no pudo soportar más aquel enorme suplicio y el mozo juró vengar las afrentas recibidas.

Sin embargo, pensó mucho antes de decidirse, pero una tarde



bravos caudales del Sur comían sus criminales hazañas cuando Barrionuevo se vio obligado a enfrentarse con la maldad de las gentes que creyeron ver en él al gaucho malo. La civilización había llegado hasta su pago a través de los campos, pero subsistían aun en muchos habitantes sentimientos perversos que aquilataban el proceder de ciertos indios. La epopeya de sus sueños se vio malograda porque quienes tenían la obligación de guiarlo por la senda del bien trataron de desconcertarlo cuando todavía era un "guri" que apenas se desempeñaba como peonito en la estancia "Los Mirasoles", ubicada a siete leguas de la hoy ciudad de Olavarría.

No conoció nunca a sus padres y desde muy chico lo tuvo a su cuidado una tía que más tarde, cuando ya era mozo, lo hundió en la cárcel para satisfacer un deseo de venganza. Cantalicio tuvo también, como muchos, su calvario, pero él supo salir airoso en todos los contratiempos que le iba asignando el destino, luchando contra el mundo y contra aquellos que pretendieron enlodarlo con bajezas que hacían sangrar su corazón a cada instante.

Los gauchos de su pago le tenían inquina porque él había logrado anteceder a la hija de Nicanor Salvatierra, el puestero que lo quería como si fuera su propio hijo. No comprendían aquellos hombres que nada iban a conseguir con alejarse de Cantalicio y señalarlo para que las mozas creyeran en sus chismes confundiendo con un gaucho pendenciero. Eufrosia lo había conocido en una fiesta criolla en la que Barrionuevo hizo gala de su facilidad para el verso instantáneo, improvisándole unas décimas muy bonitas que interesaron a todos, menos a los que también le iban "arrastrando el ala" a la chinita tan querendona.

A partir de esa noche, Eufrosia y Cantalicio fueron amalgamando sus conversaciones, sencillas y apasionadas, en prolongados idilios junto a la tranquilidad del rancho o más allá del jagüel, a la sombra de un ombú. Paso el tiempo, pero como en todas partes hay un "mandinga" que atisba la ocasión para clavar el puñal de la calumnia en el corazón de las buenas gentes, Cantalicio cayó bajo ese afán perturbador y fué víctima de quienes anhelaban verlo colocado en el cepo de la amargura.

Cierta vez que Nicanor Salvatierra se encontraba en la pulpería de la viuda Micaela, varios pretendientes de su hija, después de hacerlo "coquetear" hasta la madrugada, le hicieron creer que Cantalicio era un gaucho pendenciero y que no le convenía que la moza se encariñara con él. Más todavía: le dijeron que el paisano estaba maldito, que no tenía "palenque ande rascarse" y que la tía — una viuda estanciera muy rica — explotaba a los peones pagándole un exiguo jornal.

Salvatierra creyó todo lo que le dijeron y a la mañana siguiente no más. "Le echó los perros" al mozo, prohibiéndole terminantemente a su hija que continuara "dándole confianza".

La chinita cumplió al pie de la letra las órdenes de su "tata" porque no tenía la noción necesaria para comprender y destruir aquella montaña de mentiras propagadas con el evidente propósito de perjudicar a quien tanto la quería. No supo comprenderlo y se olvidó de su promesa de amor, como si no la hubiera hecho nunca.

Cuando se enteraron de lo acontecido, hubo fiesta en la pulpería de Micaela patrocinada por los que habían oficiado de "mandingas" en el rodar inquietante por el campo de la cizana. Cantalicio comprendió que a todos aquellos hombres era necesario perdonarlos, desde el momento que él se consideraba mucho más sano de cuerpo y de alma. Era un ser completamente espiritualizado y el rudo galopar de los años con sus alternativas de alegrías y zozobros le habían enseñado un amor sin límites hacia sus semejantes. Por eso que al enterarse de aquella otra insidia, sonrió ante la ignorancia supina de los gauchos matoreros que todavía continuaban siendo los descendientes de los caudales que revolucionaron los campos del Sur con sus inolvidables hazañas.

Enhorquetado sobre su pingüo — único compañero después de su guitarra — lo veían pasar las chinas, rumbo al pueblo, luciendo con prepotencia su elegante bombacha oriental y la blusa con hermosos bordados. Y ante su gallardía, a pesar de los chismes ruines y absurdos, todas, al verlo, tenían una sola exclamación:

— ¡Ahí va el paisano Barrionuevo! —

que volvía de arrear una tropa de yeguaros, en pleno campo, Justiniano Méndez, el estanciero, volvió a castigarlo.

— ¿Ande se jué la yegua baya que no está con las otras? —  
— No sé, patrón. —  
— ¿Cómo que no sabés?... —  
— Claro, po; yo no la he visto... Andará por el campo e los Maidana... —

— ¡Gaucho inútil!... Vos nunca sabés nada. —  
Y el rebencazo cayó una vez más, muchas veces sobre las piernas de Cantalicio, que temblaban como una débil rama.

— No me pegue, patrón. —  
— ¿Cómo que no te pegue?... —  
— Claro, po; yo no me pegue... —  
— Cayate gaucho... —  
— No quiero cayarme, po... —  
— ¡Ah! ¡Si!... ¡Tomá, insolente! —

Iba a castigarlo una vez más, pero Barrionuevo esquivó el golpe y desvaneciendo su facón lo derribó de una certera puñalada. No era su costumbre matar, nunca había recurrido a la violencia para reprimir agravios. Pero aquella vez sintió una cosa tan extraña en su cerebro, una nerviosidad tan incontrolable en todo su ser, que mató a Méndez como a un perro. Así, como lo había tratado a él durante muchos años porque era el "patrón", porque tenía dinero y era muy amigo del comisario del pueblo.

Cantalicio se horrorizó de su propio crimen y su imaginación volaba, sin control, hacia la estancia de su tía para atribuirle a ella que tanto le odiaba. Pero el momento no era para detenerse a pensar en cosas irremediables y huyó hincando espuelas en los ijares de su "oseuro". Nadie lo había visto. El cadáver de Méndez quedó tendido a un costado de la huella, de cara al cielo. Media hora más tarde, en ranchos, estancias y pulperías se comentaba el trágico suceso. Y un solo interrogante asomaba en todos los labios:

— ¿Quién lo mató?... —  
Cantalicio no pudo conciliar el sueño durante la noche, porque a cada momento le parecía ver a Justiniano asomado a la puerta de su rancho, amagándole con el rebencazo. Y cuando pensó alejarse del pago, ya era tarde.

La tía lo entregó a la justicia, diciendo:  
— Este es el asesino!... —  
El gaucho manso, el hombre de cara curtida por el sol, el agua y el viento, lo miró con indignación. No dijo ni una palabra, pero le devolvía con su mirada todo el odio que ella misma había hecho acumular en su corazón.

En el pago nadie lo miraba bien al estanciero asesinado. Su mal comportamiento con los peones le había granjeado un odio profundo. Era perverso, único y sobre todo muy estrecho de cerebro. No le cabía ni siquiera una chispita de luz. Cuando supieron quién era el asesino, en vez de maldecirlo, bendijeron su nombre.

El propio Nicanor Salvatierra, en la pulpería de la viuda Micaela, se encargó de elogiar la actitud de Cantalicio. Recién entonces llegaba el arrepentimiento a aquellos corazones endurecidos, recién entonces comprendían cuanto bien había hecho aquel gaucho librando a la paisanada del pago de un usurero de las pampas argentinas enriquecido a costa del pobrerío con su explotación inhumana.

Y los que antes colocaban obstáculos en el camino de aquel hermano predicador de los campos, después veneraban su nombre. Mientras tanto Cantalicio, en la cárcel, continuaba siendo el mismo

observador profundo, el mismo paisano rústico pero grande por su amor a la humanidad. En la cárcel compuso sus primeras décimas, y en todas ellas cantaba el dolor de su alma atribulada por la injusticia de su destino. Y a la par que evocaba la tradición en sus canciones, iba tejendo el madrigal de su honda ternura, apasionada y cautivante, para la china que había logrado enternecerlo haciendo llegar hasta su celda vidiales y tristes que eran una dulce evocación al alma gaucha de las pampas.

No se conocían, pero la pasión amalgamada con la copiosa correspondencia en versos sentidísimos, era el más bello poema de amor que como el sol de la esperanza iba asomándose en la plenitud de los idilios agrestes, abierto el corazón a todas las inquietudes de la vida. Pero Cantalicio fué el gaucho mártir de aquel pago donde la inconducta de un hombre perverso lo colocó en el terreno del crimen contra su propia voluntad. Porque, cuando creyó que su sufrimiento habíase reducido únicamente a la condena de un mísero día, otro desengaño se agregó a la larga serie de los ya recibidos: la china que tanto había llegado a quererle era ciega. Cuando lo supo, una noche, junto a las rejas de su celda, escribió el horizonte como queriendo encontrar en el infinito el porqué de tanta amargura, la causa de tan inesperados obstáculos que contribuían al aceleramiento de su derrota moral y espiritual. Y exclamaba:

— ¡Mi gaucha ciega! ¡Mi gaucha ciega!... Si Tata Dios te colocó en mi camino pa quererte, cumplás su goluná, Serafina. Serás mía lo mesmo pa que naide te tenga como pilcha vieja.

Continuaron escribiéndose bonitas décimas de amor, alejados completamente del bullicio terrenal.

Como los pájaros, vivían en otro mundo, trasponiendo la cordillera de los desencantos aun cuando el destino colocaba un enorme dolor sobre sus halagadoras ilusiones. Ahora, el gaucho sufrido, matorero por obligación, colocado en el pedestal de su angustia, iba contando los minutos y las horas para colocarse más próximo a la fecha en que sería libertado. Amaba a la gaucha ciega, santa mujer que llevó su abnegación hasta el sacrificio, porque era un pedacito de esa pampa que lo había visto nacer — fruto de una casa distante del fuerte San Serafio, en la hoy floreciente ciudad del Azul. Y al abrirse para Cantalicio las puertas de la cárcel volvió de nuevo a su pago dispuesto a afrontar los comentarios de quienes lo habían odiado. Pero el pensar de las gentes era otro y todo el odio habíase trocado en ternura. Nunca se arrepintió de su crimen y pensaba que sólo había sido un vendador, un gaucho justiciero a

quien nadie, nunca, supo comprender. El pago era distinto, el progreso lo había ido vigorizando y a su llegada hubo fiestas en su homenaje. Cantalicio emocionado, exclamaba:

— ¡Cómo cambian los tiempos, pó!... ¡Ni que yo fuera un ministro, áura!... —

Serafina, la gaucha ciega, no pudo contener el llanto al enterarse que Cantalicio se encontraba ya muy cerca de su corazón. El Supremo había colocado tinieblas en sus lindos ojos, dotándola en cambio de una exquisita inteligencia para destacarla de las otras chinitas del pago. Pero ella sufría inmensamente porque ni el sublime despertar en la pampa, ni las atrayentes puestas de sol amalgamaban impresiones en su alma atribulada. Temía que su gaucho no la encontrara como había imaginado en sus horas de presidio, a través de las apasionadas décimas, ahora que se encontraba tan cerquita de su rancho. Sin embargo Barrionuevo sólo deseaba llegar a su lado para cubriría de besos y expresarle una vez más, que no la olvidaría nunca.

Y una hermosa tarde de primavera Cantalicio hizo su aparición en el rancho de Serafina.

— ¡Cantalicio! —  
— ¡Mi gaucha ciega!... —

Aquel primer abrazo estremeció sus corazones; fué una escena de honda amargura en la que el amor desempeñaba un rol preponderante, un rol sublimemente simpático. Por espacio de algunos minutos permanecieron abrazados, en silencio, pues, debido a la gran emoción, no podían articular palabras. Mientras tanto se comedaban, presente al producirse el encuentro, lloraba viendo llorar a su hija, que no podía admirar la gallarda figura de Cantalicio.

— ¿Pa qué yorás, pó... áura que me tenés a tu lao pa siempre?... —  
— ¿Me querés mucho, Cantalicio?... —

— Como a mi mesma madre, Serafina!... Como a una, que debió ser linda y guapa, tal cual estaba la vez que la he soñao despenándose pue' el barranco... —

— Me siento feliz a tu lao, Cantalicio... Naide como yo pa quererte, naide como yo pa endulzar tus penas. —  
— ¡Mismo! Tenés razón mi gaucha ciega... Juntos campiaremos la dicha pa que nos enguelva. —

— ¡Cantalicio!... —  
— ¡Na Eduvigés!... —

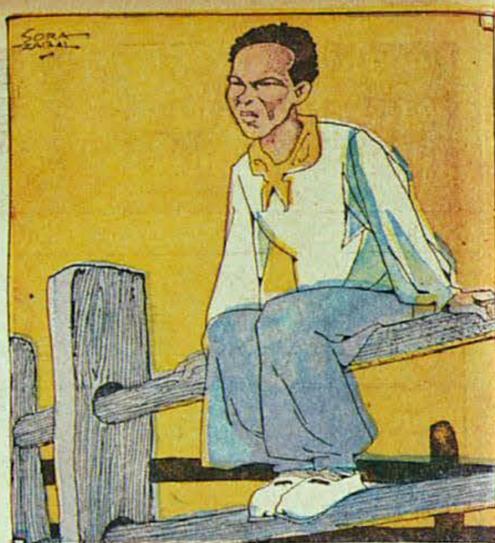
La vieja criolla le alcanzó un mate. Era el primero, después de tantos años. Le pareció más excelente que nunca. Y mientras la tarde iba alejándose, desde lejos llegaban a sus oídos los ecos de las fiestas que en ranchos y en pulperías habíanse organizado en homenaje a Cantalicio, en homenaje al vendador de tantas afrentas inferidas por Méndez a los gauchos del pago. Y la pareja, de alegría, vibraba como la guitarra del inmortal Santos Vega. Sin embargo nadie presentía la nueva tragedia, ni el mismo paisano se le ocurrió pensar que junto a él rondaba la muerte.

La tía se dispuso a realizar su venganza. El tiempo no había logrado cicatrizar su herida por la muerte del estanciero. Lo amaba, a pesar de todo, más que a su sobrino, más que a sus propios hijos. Y una noche que el gaucho había ido a cantarle a la cigueta su estilo favorito, un hermano de Justiniano Méndez le despezó la cabeza de un balazo. Momentos antes, en su canto, había dicho:

"Por vos, palomita blanca  
Yo me muero de pasión".

El criminal fué protegido por las sombras de aquella noche memorable. Doña Eduvigés y Serafina trataron, en vano, de auxiliar a Cantalicio. El balazo había sido certero, desgraciadamente. Ella presintió el drama y se arrojó al jagüel. La guitarra parecía un símbolo junto al cadáver de su dueño.

Así murió aquel gaucho, nuevo Nazareno, abnegado filósofo de las pampas. Y por espacio de muchos años, todas las noches, a la misma hora, la sombra de Cantalicio rondaba el rancho de la cigueta...



## Medio Rial

**E**S inútil... el que nació pa medio, no llega a rial... Siempre fué aceptado esto por Evaristo Peña. Comenzó a olvidarse del dicho cuando entró con el ingeniero Costa que se afanó en hacerlo real.

Costa era un hombre que a fuerza de darsle golpes "miraba donde iba, antes de ir". Tenía miedo que le faltara la tierra bajo los pies y por eso era ahorra-todo y prevenido. No le gustaba hablar por muchos oídos y era muy generoso con Peña, a quien por cualquier motivo trataba de "m'hijo". Además, le enseñaba a hacer mil cosas que el pobre Evaristo no sabía nunca aprender.

Asombrado, le decía un día a Casto Gómez, un hombre de sus mismos pagos, con quien se cruzaba a veces en la lidia:  
— ¡Pero amigo!... ¡Mire que aprender a sumar yo!... —  
— ¡Tenés razón!... ¡Porque vos cuando vinistes di' afuera eras un bicho! —

Mismo. ¡Si podía ser verdad!... No tenía porqué salir él de buena cabeza, tampoco, como bien lo sabía Gómez... A él en la estancia de Almará — "una de las pocas estancias como la gente que iban quedando", según los viejos, "donde no se llevaba libro e bautismo de los animales", — el patrón lo vestía y lo calzaba y le daba algunos reales pa que no hiciera papeles cuando había alguna reunión de carreras.

— ¡Mire que hay cosas!... ¡Me vestía y me calzaba el patrón!... —  
— ¡Si, le decía Gómez, cuando yo te conocí tu malnombre era "Setévido". —

"Se te vido" le decían porque Evaristo usaba en ese tiempo un chiripá color aperlá, sin figura de chiripá, con morderudas en el dobladillo y como baleado en "la bolsa".

Un recora pariente de Almará — doctor en leyes en Montevideo — se acordó del estanciero una ocasión que un médico le dijo que tenía que ir al campo "a olvidarse que era gente y a vivir como los animales". El pariente de Almará era un hombre puro ojo, de un color que daba lástima.

— ¡Muy feo pelito lo veo al mozo — decía Evaristo —. Pal cuerpo d'el nu hay noche ni día... Vive sin poder dormir. —  
Con la catanga que llevó en la estancia no le quedaba sino morir o curarse. Se curó y como Peña se había hecho muy compañero de él, al irse el forastero le dijo:

— Te voy a acomodar con un amigo. Sos colorado?... —  
— Todos los Peñas son coloraos. El que no es colorao es fenómeno y los fenómenos no viven... —  
— Te voy a acomodar si querés ir al pueblo. Es para andar todo el día con banderas coloradas. —

Y esto es lo que hace ahora. Anda todo el día con unas banderitas triangulares y un aparato de fierro de tres patas, para arribar y para abajo... El ingeniero, de lejos, le hace señas con la mano:

— Más adentro. Más afuera. Pa abajo. Pa arriba. —  
Evaristo conoce más pueblos que los troperos. Siempre con el ingeniero.

Allá al mucho tiempo, ya entonces Evaristo escribía solo, le dijo Costa:  
— ¿Vos sabés que sos dueño de algún dinero? —  
— ¿Yo? —  
— ¡Si. No creas que te daba todo lo tuyo. Te he guardado mucho. —  
— A mí no me falta nada. Gasto en lo que quiero... —

Cierto. En la casilla que había en la boca del pueblo, donde comenzaba la carretera nueva, Evaristo tenía dos baulles llenos de cosas. Y tenía también un lavatorio de pie con cepillos de seis e siete clases. De gusto — nomás — pues no salía a caballo, tenía un recado nuevo comprado con vicio. Y un mate de plata con boca de oro que no servía para el uso porque lavaba la yerba.

— ¡Mi pieza es una colección de anteojos, decía. —  
Y ahora salía el ingeniero con esto. ¿Qué iba a hacer con la plata?

En el medio de una medición, callados los dos, pues el ingeniero con el lápiz en la boca como un cigarró, miraba el campo e los alambrados acostados con las costillas al sol y él estaba afilando a esmeril una punta de barra:

— ¿Y como cuánto tendré, ingeniero?... —  
— No sé. Pero tus buenos pesos tenés. Se puede ver... —  
— ¿Por qué no me los jue d'ando?... —  
— El ingeniero se quedó sisimado, y luego:

— ¿Y vos tendrás novia, padres...? ¿Tendrás que tener casa algún día, hijo?... —  
Evaristo se echó a reír, jaloneándose y parándose a pensar — tanto, que se le fué media hora en la afiteada — discursia:

— El pobre ingeniero no tiene mujer ni padres... Pero resulta que yo tengo y soy un bicho. ¡También, mis viejos!... ¡Hay que hamacarse! ¡Otros bichos!... —  
El era de Minas. Ahora estaba en Salto.

Gómez era un hombre de conducta mientras trabajaba. Pero cuando se volcaba era hombre perdido por media luna. La quinceava de licencia la pasaba ardiendo entre boliches y casas de mujeres.

Con Peña no tenía oportunidad de andar mucho y los días libres, Peña se los pasaba escuchando a Costa, que como había caminado, tenía mucho que contar. Era español, recibido allá y aquí, de ingeniero.

— Amigo, yo no tengo suerte... A mí la plata que me junto el ingeniero me se embroma. Resulta que el hombre se murió. Me dieron la plata y todo lo que áste quiera, pero a mí la muerte del ingeniero me dió el suelo! —  
— Vos te quedastes sin raíz. ¡Cuando el tronco cae, caen la ramas!... —

— ¡Pensar que Peña haya estado preso por borracho y que haya vivido diez días con una loca!... —  
El mal no duró cien años. Pero está sin raíz el hombre. ¡No hay nada que hacerle!... —

Agarró un tranquito y se afirmó. ¡Vaya, por fin!... —  
— Tuve suerte... Cuando había gastado la miel del ingeniero y comenzaba el come-comé de:

— ¡Mire que no tener novia, ni familia, ni nadie, — di con un hombre especial —. Otra raíz. Un vaso con unos hornos de ladrillo grandísimo, me nombró capataz. —  
— A alguno la vida le da partido y revancha... —

— ¡Si. Yo estaba mal de la azotea ya... ¡Con decirte que de noche no me dormía hasta las mil y quinientas, pensando en la familia!... —  
— ¡Familia vos! ¡La estrella e cardo llorando a tronco...! Platita junta. Novia linda. Nido elegido. —

Una noche, cansado de repetir las vueltas por las troyas desde de se pudría la paja entre el barro, y la visita de las pilas de adobe cortado que parecían casitas de niños, y ver moverse entre las sombras los mancarones matados de pisar el barro, Evaristo se fué del pueblo. Pasaba meses sin hacerlo. Y cuando iba, iba por ir. Pero aquella noche, no. Aquella noche fué impulsado. A deshora volvió. Allí plata. Vivió.

— Me voy. ¡No ve que no tengo goyete? Me perdí el casamiento en las jugadas. Estoy sin raíz. No hay nada que hacerle... —

En un talita que no valía dos cobres, se ahorcó Evaristo. Seguro que arrojó los pies por no tocar la tierra.

**JUAN JOSE MOROSOLI**  
ILUSTRACION DE SORAZABAL

**SILVERIO MANCO**  
ILUSTRACION DE RECHAIN



**F**ULMINANTES los ojos de terrible color, con el nudoso garrote enarbolado, no Antonio se abalanzó sobre Dolores con tan poderoso ímpetu que parecía iba a deshacerla.

—¡Perdón, taita! pero lo quiero mucho! — gimió la joven cayendo a los pies del padre, con las manos elevadas en súplica suprema.

Súbitamente, al arrebatado furioso sucede la calma, y Antonio deja caer el garrote, y tendiendo las manos a su hija, dice el enternecido: ¡Ven!... ¡No puedo castigarte! Y estrechándola contra su pecho, agrega: —Te quiero como a las niñas de mis ojos!... ¡Olvídate a ese blanco!... ¡No puedo, taita!... ¡Lo quiero como al Inti!

—¡Calla, de sgra ciudad! ¡No blasfemes!

—¡Si supieras, tata, cuánto combatí para no querer al enemigo de nuestra raza!... Pero él se me adelantó... se me adelantó en el corazón como un hechizo... ¡Déjame quererlo, taita!... ¡Déjame que lo quiero!... Cuando él está conmigo, siempre brilla el sol aunque sea noche oscura; cuando me deja, quedo ciega aunque sea de día... ¡Infeliz!... ¡Infeliz!... ¡Supay se ha apoderado de tí!... ¡Van a llover más desgracias sobre nosotros!... Y separándose de su hija, se sienta en el pozo de adobe de la ramada con la cabeza abatida sobre el pecho.

El indio, sonriendo enigmáticamente le ata una venda sobre los ojos de manera que no pueda ver nada, y le ayuda a montar, partiendo a galope.

Y corren... corren devorando tierra, de frente, a derecha, a izquierda, para atrás, en circunferencia, en quebradas, en diagonales, marcando un verdadero laberinto de Creta, imposible de permitir la orientación ni al mejor baqueano.

Diego llega a temer, cuando no una venganza cruel, por lo menos una burla humillante, y comienza a intranquilizarse.

Es largo el camino — dice irónico — y con más vueltas, idas y venidas, que si fuéramos al infierno.

Ya estamos cerca — contesta Antonio, con seguridad, y efectivamente, diez minutos después, detiene su cabalgadura ordenando al español: —Baja.

Le toma del brazo y conduce por una senda accidentada. Al fin hace alto y vuelve a ordenar: —Empuja aquí con todas tus fuerzas.

Diego siente que está junto a un muro de piedra; apoya en él las manos, el hombro, y da un empuje hercúleo; percibe que el indio a su lado ejecuta el mismo trabajo; pero el muro sigue inmovible... Después de algunos minutos de esfuerzos inútiles, sudoroso, excitado hasta el furor, vuelve a creerse víctima de una burla de Antonio, y lanza una interjección negándose a continuar el trabajo.

—Hay que tener paciencia — le contesta el cacique imperturbable: hace siglos que no se mueve esta piedra, y se ha pegado a las paredes. Pero ya va cayendo un poquito más y dará vuelta... ¡Al! ¡Empuja!

El español dominado por el imperio sereno del indio, reanuda el esfuerzo con doble potencia... El muro huye bajo sus manos, cayendo en el tierra... Antonio se levanta tomándolo

# ORO Y PLATA

POR  
**Alvaro de Vitar**  
Ilustración de Rojas

—Aquí hay un tesoro inmenso, incalculable; todo te lo entregaré si fueras bueno con mi Dolores... Pero no sé si te portarás bien con ella en adelante. Te daré todo lo que podamos llevar esta noche... Después veré... Dependiendo de ti regresar por otra cargueta... Coge ahora todo lo que puedas; toma alforjas.

Y entre los dos hombres comenzaron a llenar las bolsas de artículos blancos de oro. Diego guardó también en sus bolsillos, dentro de la camisa y hasta en el sombrero.

—Ya no cargues más — dijo el indio sencillamente — porque los caballos no podrán con tanto peso. Voy a taparte otra vez los ojos.

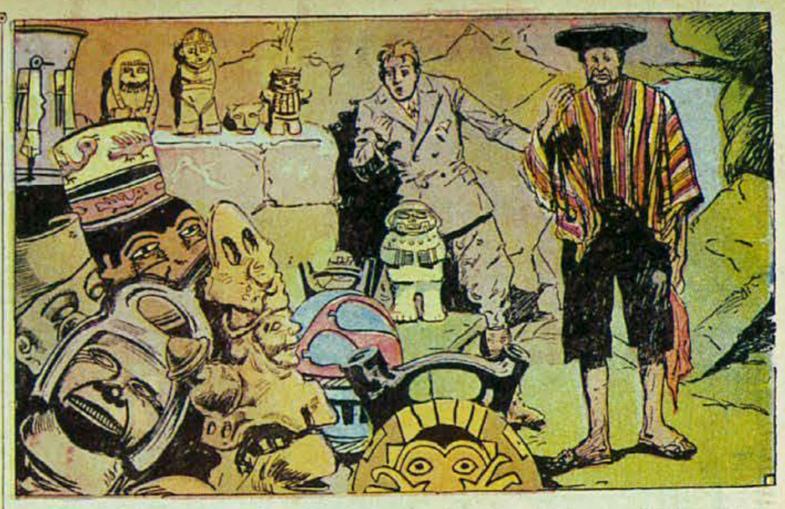
Diego abrió en una última mirada ávida todo el recinto deslumbrante de aureos reflejos, y dejóse colocar la venda. Salieron. La piedra giró ahora fácilmente. Cabalaron y emprendieron el regreso.

El español no tenía plena conciencia de lo que le pasaba. A veces le parecía un sueño; pero tocaba los objetos que conducía y exclamaba: ¡Es realidad! Y hacía preguntas, mil preguntas ansiosas sobre el tesoro oculto, a las cuales el indio contestaba brevemente, indiferentemente...

El señor don Diego Fernández de la Torre — no ya sólo Diego Fernández — veranea en la espléndida casa que ha hecho levantar en su gran hacienda "Dolores".

Descansa sobre el lujoso lecho, cuando le anuncian la llegada de su suegro Antonio Huapalla. Siempre humilde, siempre enigmático, el indio se presenta al rico terrateniente.

—¿Cómo va taita? — saluda Diego, dándole con aire de protector cariñoso, suaves palmadas en la espalda — Te mandé llamar porque me urge hablar contigo.



—Aquí me tienes.

—Es el caso — comienza Diego con algún embarazo — que los negocios van mal... El azúcar bajó mucho... los jornales suben y hay poca utilidad y gastos enormes... Compromisos que no se pueden eludir... Dolores, los niños, hay que presentárselos como quienes son... Los viajes a Lima me cuestan los ojos de la cara, y Dolores no puede estar sin pasar allá los inviernos...

—Pero en toda esta refacción no veo para qué me has llamado.

—Pues, para decirte que como los gastos son tan fuertes, y las entradas pocas este año... necesitaría una vez más de tu generosidad... otra cargueta de la huaca (2).

—No; has sacado tres veces todo lo que pudimos llevar los dos: una gran fortuna que te habría alcanzado para hacer vida de príncipe con la familia, si no botaras la plata en vicios... La última vez te dije que enmendaras tu conducta, pues no te daría un gramo más de oro.

—No, Antonio. No puedes de-

jarme en la situación tan difícil que atravieso... Tengo sagrados compromisos de honor que salvar — exclama Diego, pretendiendo persuadir al indio.

—Podrás decirme en qué consiste el honor de ustedes los caballeros blancos? — pregunta el indio con sutil ironía.

—Pues, precisamente, en lo que te decía: en pagar las deudas... en cumplir la palabra empeñada...

—¿Y en qué más?

—En no herir ni matar a nadie sino en defensa personal...

—¿Y con la mujer, qué deberes prescribe el honor?

—A la mujer legítima se la estima, atendiéndola en su casa en todo lo necesario, en proporción a las entradas que se tengan... — contesta Diego bastante fastidiado de tal interrogatorio.

—¿Nada más? — insiste el suegro.

—Nada más.

—Pues yo te digo que es bien ruin ese honor que sólo tales leyes te manda, permitiéndote el juego, las borracheras, las que-

ridas, y que abandones a tu esposa y a tus hijos por correr tras diversiones sucias... Ese honor no vale la pena salvarlo. Y Antonio, con soberano desprecio, vuelve la espalda al español atónito, dirigiéndose a la puerta.

—Antonio!... ¡Antonio!... ¡Una palabra, escucha!... ¡Ven!... ¡Antonio!...

—No me inspira respeto tu honor, no me importa que lo pierdas. No te daré un gramo más de oro — replica el indio arguyendo en su serena justicia, y sale dejando confundido al caballero español.

Se extiende la noche con esa solemnidad que sólo adquiere en el campo... Los árboles con su lento movimiento y suave susurro; los ramos silenciosos; la soledad ininterrompida; la infinita bóveda azul cruzada de nubes argentadas, el reflejo de una espléndida luna, todo, en la tierra y en el cielo, decían del misterio impenetrable de la creación...

Antonio reposa en su humilde rancho de la viña, sobre el lecho de estera. No puede dormir: los sufrimientos de Dolores, la inutilidad de la profanación que hizo del tesoro de sus mayores, mantiene su cerebro en vela. De pronto se yergue inquieto y escucha atento: Viene gente a caballo — dice poniéndose de pie —. A los pocos minutos se sientan las pisadas de los brutos en la ramada. Su oído fino percibe que los jinetes desmontan, y luego oye fuertes golpes en la puerta y una voz ronca que dice:

—No Antonio!... ¡No Antonio!... ¡Vengo mandado por su hijo Dolores!... ¡Está enferma grave!...

El indio abre la puerta con ansia dolorosa, y tres hombres enmascarados se lanzan sobre él sosteniéndole de los brazos con fuerzas incontrarrestables.

—Dinos dónde está el tesoro de los Incas, si quieres salvar tu vida — dice una voz imperativa que ha oído alguna vez en otro lugar.

—No lo diré aunque me maten — contesta sereno.

Golpes feroces caen sobre el cuerpo del indefenso indio; puñales como mazas de hierro, se desahogan en su rostro bañándose en sangre; las botas de los jinetes le castigan con crueldad puntapiés en el estómago, con las escuelas agudas en los muslos; el rebuque flagela implacable sus espaldas.

Aquellos demonios de la negra noche sólo dejan de martirizarlo para preguntarle por el tesoro.

—Llévanos y te perdonamos la vida — le dicen.

—No los llevaré. Mátanme no más — es la respuesta estoica.

Pero súbitamente, Antonio se libera de las manos de sus verdugos, hánzase sobre el más alto de ellos, y arrancándole la careta, se prende de su nariz en feroz mordisco. Los otros dos le cogen de los brazos forcejeando para separarlo, y cuando lo consiguen, el indio arroja al suelo, de la boca ensangrentada, un trozo de carne, y exclama:

—Llévate para toda tu vida la marca de tu crimen. Mátame ahora.

Dos cuchillos se clavan en su pecho; el cuerpo cae inerte en tierra, y tres jinetes corren por el campo como fantasmas pavorosos entre las sombras de la noche.

—¡Taita!... ¡Taita!... ¡Cómo fuiste herido? — pregunta Dolores angustiada al padre agonizante.

—Oye... acércate más... ¡Me prometes hacer lo que te pida, ahora que voy a morir! —

—Sí, taita; te obedeceré; te lo juro por mis hijos... Pero no quiero que mueras... —

—Fue él — dice Antonio fijando la mirada con el último resto de energía, en las pupilas de su hija —. Fue él... No vivas más con ese asesino; déjalo... Y saca tí el oro que necesitas... Está en la Centinela... por...

Un golpe de tes corta la palabra del herido; sus labios se humedecen de sangre, y la cabeza cae exánge para siempre...

Así cuenta la leyenda, y el tesoro de la Centinela sigue ofreciendo sueños de oro a la ambición de las nuevas generaciones.

## Nuevas Aventuras del Capitán y sus Dos Sobrinos, por Dirks



Antonio Huapalla es un indio de cincuenta años de edad. De baja estatura, pero fuerte, bien formado, de negros ojos melancólicos, da la impresión de la fuerza serena que caracteriza a la venida raza autóctona del Imperio de los Incas.

Descendiente de uno de los más poderosos caciques del reino de los Chingas, despojados sus mayores por el ambicioso invasor, Antonio no heredó sino un mísero pedazo de tierra que sembrado de viña bastaba a la modesta subsistencia de su familia. Viudo hacia dos años, reclinó sobre su hijo, el único hijo que le sobreviviera: Dolores.

Quince primaveras; carnes morenas, mórvidas; preciosas piernas y brazos torneados; manos chiquitas, llenas de oyeles; mejillas bellamente coloreadas, ojos vivos, intensos, radiantes de dulzura, tal es la doncella india enamorada de Diego Fernández, español de gallarda figura, empleado de la gran hacienda de los nobles Castillo de Estrada, colindante con las tierras que cultivaba su Antonio.

Se levanta el rancho donde habitan sobre pequeña eminencia, precedido por amplia ramada cuyo techo y paredes frontales y laterales, de rústicos pilares, están cubiertas por una espesa cortina de vid, en maravillosa ornamentación no superada por el arte.

Poyos de adobe; rústicos bancos; una mesa construida sobre troncos y algunas botijas de agua, completan el decorado del campastro vestíbulo, que el benigno clima de Chinchales permite usar de comedor en todas las estaciones.

Alrededor se levanta el plantío de la viña, extendido a la usanza del país, sobre vasto enrejado sostenido por pilares paralelos. Bajo esta inmensa techumbre se disfruta una vista de inefable belleza, con nítido uno de los paseos más deliciosos de los habitantes de las ciudades.

—¿Qué quieres de mí — pregunta tres meses después de la primera escena el gallardo español Diego Fernández a su Antonio Huapalla.

—Que cumplas tu deber de caballero — responde brevemente, pero con energía, el indio.

—No te comprendo — replica Diego, disipiente.

—Te lo haré comprender; quiero que te cases con mi hija que robaste de mi casa para hacerla tu querida.

Diego lanza una sarcástica carcajada.

—¿Qué me case con tu hija?... Pero ¡estás en tu juicio?... ¡Cómo pretendes que haga mi mujer legítima a una humilde chola, yo, un caballero de sangre azul!

—Ella tiene sangre de reyes en sus venas; tú eres de la chusma.

—¡Sangre de reyes!... ¡Ja... ja... ja!... Aunque la tuviera, no dejaría de ser india.

—Oye; me vengaré de la infamia que cometes despreciando a la doncella que has deshonrado; pero ella te quiere; tu mal sería el de Dolores, y su desgracia la mía... Por eso, en lugar de castigarte, voy a hacerte ver que mi hija puede darte más oro que la más grande reina de la tierra, y que tú, blanco, nada vales a su lado. Ven

¡OH! LOS SALVAJES DEL DESIERTO SE DEBEN HABER COMIDO A ALGUN SABIO DE LOS DE GRECIA

¡AHORA CAIGO EN LA CUENTA QUE ESOS LIBROS PERTENECEN A MI EXTRAORDINARIA BIBLIOTECA MIGNON DE CULTURA SIMBOLICA Y CABALISTICA

¿TE QUIERES INSTRUIR PARA LUEGO SALIR REBATIENDO A COPERTICO SUS IDEAS?

YO NO QUIERO SABER NADA CON LA INTELPLETACION BIOLOGICA DEL MOTOL A GASOLINA

MEJOR ES DEJAR QUE SE DECEPCIONEN CON LA ABLEER LAS GEORGICAS DE VIRGILIO

TIENE RAZON, ME DELEITARE CON LA DESCRIPCION DE LA ABELEER, EL CANGURO Y LAS VAQUITAS DE SAN ANTONIO

TENED EN CUENTA, FELICES MORTALES, QUE EL VERDE DE LA HIERBA Y EL AZUL DEL AGUA, SON EL ESPEJO DE LA ETERNIDAD ERUDITA

POR EL ESPEJO SOCRATICO

POR OBSERVAR LO QUE OCUORRIA ATRAS NO PENSE QUE LA FATALIDAD ESTABA ADELANTE. MUERO CONTENTO, CON VIRGILIO BAJO EL BRAZO

EL SONAMBULO AFICIONADO

MIRALO, SEGURAMENTE SE ARROJARA POR LA VENTANA O CAMINARA FLOJAMENTE UN SUEÑO ESOTERICO

LOS BENEFICIOS DEL MAIZ EN LA CALVICIE

TE DIGO QUE ANTES QUE LOS NO EXISTIAN; PANQUEQUES, LA CREMA, LOS INVENTO RENVERSE) PTOLOMEO

¡BRAVO!

¡NO ES CIERTO QUE ARISTOFANES IDEO LOS ESCARBADIENTES?

ESTAIS INCONVICIOS Y HELENTICOS Y PARSATISTAS

QUIEN INVENTO LOS EPITAFIOS? SEGURAMENTE MUCIO SCEVOLA

¿Y QUIEN DIO QUE EL SOL ERA SOL?

SEGURAMENTE FUE UN PARDURO DE COSTUMBRES VITUPERINAS

# ★ N. N. EL ARTILLERO ★



taron de arriba abajo, cuchichearon, le urgaron en la nariz y en la boca, volvieron a bisbisar y lo largaron con su equipaje en un callejón sórdido y maloliente.

Comprendió que estaba solo y que ahora sí era necesario pensar fuerte. Pero se acordó que no había llegado aún a la meta y sacando una libreta de tapar de hule rebusó entre sus hojas sucias una anotación.

Horas más tarde, incrustado entre dos negros en un vagón de ferrocarril, cruzaba el territorio de Este a Oeste.

Descendió cuando oyó gritar "Chicago!"

Cargó sus maletas sobre un carro y montó en el pescante, junto al conductor. Cuando llegaron, una nube de chicuelos rodeó el vehículo. Bajó sus bártulos y entró en un caserón de madera. Una mujerona gorda, parecida a su madre, lo contempló con mirada espantada. El le dijo quién era y se abrazaron. Comió. Después pidió una palangana de agua, metió la cabeza en ella, fregó con fuerza su barba y escapó.

¡Es necesario empezar una nueva vida!

En los fondos, sentado meditando ante un alambique, estaba el tío. Se quitó la pipa de entre los dientes y lo besó.

—Lo que se hacer bien es manejar la ametralladora.

—Si tienes buena puntería harás carrera.

—Comprendido.

Le procuraron un traje de franela, una camisa de lanilla y zapatos con caña clara. Cuando estuvo elegante, se afeitó y fue a ver al jefe.

El tío se quedó fuera durante la confidencia.

Cuando salió del gabinete llevaba un grueso habano en la boca.

—¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Tenía ya una ocupación.

¡Lindo oficio! Le gustaba por el nombre y porque había que estar siempre en acecho del peligro.

Era gangster.

También en las trincheras había sentido la angustia impaciente de esperar siempre el peligro.

Mirar. Ojo alerta e índice rápido, eran los factores de éxito en su nuevo oficio. Durante cuatro o cinco horas al día no tenía más tarea que la de escuchar, plantado en una esquina determinada de una barrida. Y el dedo ágil debía ser puesto en juego cuando había que plantarle un balazo en el boqueo a alguien, al enemigo.

En el alegre speakeasy de la media cuadra se expendía whiskey, el licor que gota a gota destilaba el alambique del tío y los mil alambiques de los hombres que, como su pariente, estaban al servicio del jefe. En cajas cerradas, que ostentaban

Llegó a puerto. Hombres uniformados pasaron la mirada por sobre sus papeles, lo escri-

Hacia tanto tiempo que no le sucedía eso, que la novedad lo dejó estupefacto. En un principio no tenía más que una idea; la agarraba, la envolvía bien en su mollera, la manoseaba, la desmenuzaba y por fin la desechaba en busca de una mas novedosa y entretenida.

Terminó por adquirir tanta práctica en el asunto que llegó un tiempo en que los pensamientos advenían en tropel a su cerebro. El trabajo mental le quitó el apetito y la paciencia. Odiaba el silencio, cortado solo por el mugir de las vacas y el ulular del viento.

Ahoraba el ruido de la metralla. Comprendió que necesitaba el tableteo de los retacos y el estallar de las granadas.

Su abuela, una vieja centenera cuyo cuerpo parecía estar constantemente impregnado de olor a ganado, le aconsejó casarse.

Un mes más tarde tenía ya suegra.

Seisenta noches después del himeneo, a raíz de una disputa provocada por su indolencia, sacó un revólver y mató a su mujer.

Hubo un consejo de familia y, de común acuerdo con el alcalde, resolvieron su fuga.

En una carreta cargada de heno lo llevaron hasta la costa y de allí a un barco.

Pasaron días y no se ocupó ni de contarlos. A través de un agujero veía cómo cielo y mar se robaban mutuamente, el horizonte. Y cuando llegaba la noche, una especie de desesperación sacudía sus entrañas. No era el pensamiento de la muerte que le anudaba una congoja

la inscripción de sardinas o acetos, llegaban los frascos hasta los lugares de expendio. Hermosos camiones azules, de contornos ultramodernos, los acarrearban velozmente hacia todos los sectores de la ciudad.

Tres días llevaba crabajando



local la comandita de Joe Capraro, uno de los enemigos de más valer del jefe.

Hubo jaleo.

Parapetado tras una mesa, hizo tabletear el ukelele. ¡Aquello sí que era fuerza! Lentamente hacía describir rectas y curvas a la boca de la Thompson. Y las rectas y curvas, proyectadas, dibujaban arabescos rojos en las pecheras de los enemigos.

Cuando terminó la función, quedaron tendidos en el piso los cuerpos de los ocho hombres de Joe Capraro.

La fajina había sido saludable: ocho competidores menos.

—Los autores no han sido habidos", decía leconicamente el informe policial elevado a la justicia.

Al día siguiente, ametrallador y dueño estaban listos para otro trabajo.

Y como oportunidades de demostrar buena puntería no le faltaron, los periódicos comenzaron a chillar. Lo llamaban "el asesino diabólico". Y hubo un periodista de vuelo lírico que lo bautizó "El ametrallador enloquecido".

Allá ellos con sus calificaciones!

¡Conocían acaso su situación personal? ¡No comprendían que se estaba ganando modestamente la vida!

¡Valiente atajo de imbéciles! Se emocionaban, alzaban el tono, se espantaban y hacían cruces ante unos cuantos muertos...

¡Cómo se veía, a través de sus relatos disparatados, que nunca habían estado en la guerra!

Estaba convencido de que no hacía más que cumplir con su deber. Tenía un oficio y lo ejercía de la manera más eficaz posible, sin meterse con nadie y sin hacer mal más que a los que hacían mal al jefe.

Personalmente no deseaba la muerte de ningún hombre, como tampoco había deseado el exterminio de los alemanes. Pero en las trincheras mandaba el oficial y aquí ejercía esas mismas funciones el jefe.

El simple proletario de la ametralladora, no hacía más que obedecer.

A decir verdad, estaba ya harto de la aureola que le estaba enjaretando los gaceteros. Mujeres había que le escribían a través de las columnas amorosas de los periódicos de la tarde. Y un diario sin escrúpulos había logrado llevar su tirada a dos millones de ejemplares con sólo publicar una presunta fotografía suya.

Esa especie de gloria transitoria y anónima que lo envolvía ya le estaba mortificando.

En más de una ocasión, cuando escuchaba comentar en algún corrillo sus hazañas, tenía tentación de acercarse y gritar la verdad, mostrarse, terminar con el misterio. Pero la imagen de Sing Sing le colgaba un candidato de los labios.

El gobierno estadual dió un decreto declarando enemigo público a N. N. o X. X. Sólo el jefe y sus compinches sabían la verdad. Y los comenzó a odiar porque los comenzó a temer. Para desgastar su rabia iba a la casa de su amiga, la que había heredado del patrón, y la martirizaba.

"Hay que llevarlo a dar un paseo".

Había oído bien la frase. Las palabras habían salido casi silbando de entre los dientes del jefe. Fue justamente cuando él pasaba por el corredor. Y la sentencia de muerte se había colado por entre la rendija de la puerta para ir a chocar contra sus oídos. Era indudable que era él el sentenciado. No podía ser otro porque no había en todo Chicago hombre alguno, fuera

heredó una de las amigas de las que el patrón estaba ya hastiado.

Una noche, durante una fiesta en la que participaba solo como veedor, entró en el

de él, a quien el jefe pudiera temer.

Estaba parado en medio de la carretera y un auto pasaba jun-



la mirada los ríñones. La oscuridad lo llenaba todo.

¡Malditos! Venrían de un momento a otro, le sonreirían, le contarian cosas, hablarían de mujeres, le darían golpeitos amistosos en la espalda y después, como si nada...

—¡Vamos a dar un paseo!

—¡Hijos de...!

Volvio a espiar la noche de la habitación. Nada.

Escuchó. Nada.

—¡Oh, sabía bien lo que iba a pasar! Transformarían su cuerpo en un colador y después lo arrojarían en una cuneta de los suburbios.

—¡No! Había que huir, correr, escapar, volar, desaparecer.

Como único equipaje llevaba un estuche de violín.

Así llegó a Buenos Aires.

Un matador profesional, de ojo exacto y pulso infalible, tenía que ambular por las calles en busca de trabajo.

La plaza estaba floja. El oficio decaía. Había una reacción formidable contra el bandaje. La gente del gremio andaba dando tumbos entre la labor standard —pequeños atracos en las esquinas solitarias— y la honradez.

Un amigo le recomendó una fajina de contrabando. Pero él no estaba hecho para la acción

directa, sino para guardar el pellejo de la mano de obra del delito. Por otra parte, esta asunto del contrabando dependía más de la coima que de la ametralladora. Y él carecía de talento para los negocios.

—¿Qué hacer?

—¿Dónde ir?

—¿En qué trabajar?

—¡Maldito oficio y maldita la guerra que se lo había enseñado!

Un trípode que sostenía una palangana enlozada, una cama de hierro, un ropero con y un banquillo formaban el mobiliario de la habitación.

Echó llave a la puerta y abrió la caja del violín. La maquineta estaba allí, brillante, envaselinada.

—¿Sería lindo darle al gatillo! ¿Y si la hiciera percutir allí, junto a la sien? Sus sesos saltarían sobre el empapelado del muro manchando los pétalos de los flores pintadas, de su boca saldría un chorro de sangre, los ojos pegarían una media vuelta como para mirar dentro del cerebro y todo habría terminado.

A media noche descargaban en la morgue, de un furgón policial, un cadáver.

taban amontonados los unos sobre los otros, formando una alta pirámide en cuya cúspide estaba sentado, junto a un alambique, su tío.

Cuando despertó, tenía la boca reseca, la lengua pastosa, acibar en la garganta.

Saltó del lecho y sondeó con



CRUCESE DE PALABRAS

HORIZONTALES

I — 1, Convulsión fingida. 2, Ranunculáceas tristes.

II — 1, Lanares de distintas marcas con mayoral. 2, Diez pesos y pocos ravoies. 3, Menos que plaza.

III — 1, Terror de focas y ballenas. 2, Que a una tierra da su nombre. 3, Persia.

IV — 1, Ombligo de roca. 2, En cielo y tierra. 3, Arriato.

V — 1, Voz arrulladora. 2, Oreja de porcelana. 3, Dios chino. 4, Puerto peruano. 5, Nota.

VI — 1, Alfa. 2, As. 3, Mayor o menor. 4, Símbolo del Roto. 5, Tiene siempre la última palabra. 6, Ferrum. 7, Compañero de HI y Oel.

VII — 1, Después de la seca. 2, Pupilo. 3, En la provincia de Huesca.

VIII — 1, Lo era Farias. 2, Algodón de la India. 3, Por ellos ven pasar.

IX — 1, Casi nunca faltan. 2, Hada.

X — 1, Antigüamente anual. 2, Reverberación. 3, En el San Martín.

XI — 1, Nasal y condr. 2, Claras. 3, Santo.

XII — 1, Cero. 2, Grado. 3,

III — 1, Luis XV. 2, Cierta especie de Rodríguez. 3, Camino.

IV — 1, Batir de alas. 2, Matayuyos euestre. 3, Verbo ejecutado por sacerdotes.

V — 1, Nota. 2, Cocino en pa-rilla. 3, Insectos en el Pan de Azúcar y el Corcovado. 4, En la punta del delta del Níger y Opube. 5, Sociedad Anónima.

VI — 1, Abreviatura de Este. 2, Quinta letra dominical. 3, ... o más. 4, A veces 0. — 5, ... breve, compasivo con los masurpiales y cortés con las damas. 6, Cien. 7, Nitrogeno.

VII — 1, De los sesos, libros 3 acerolares. 2, Varios pueblos de León. 3, Filósofo.

VIII — 1, En Alicante. 2, Tome Seneguna y déjese de... 3, Torea.

IX — 1, Estrella en el Escorpión. 2, Al fondo a la derecha.

X — 1, Resiste el fuego. 2, Novarro. 3, China, simpática, etc.

XI — 1, Capitán. 2, Galicismo. 3, Después de la saponificación de la cetina.

XII — 1, Segunda vocal. 2, Antigüamente emblema de la eternidad. 3, Paja americana. 4, Ochenta para los romanos y cien para los griegos. 5, Julep e marritimo. 6, A veces -y- 7, Invertida en las inscripciones romanas.

XIII — 1, "Petro" para Laura Piccini de la de Cárcova. 2, Sop hojas ¡ay! desprendidas de un árbol del senegal. 3, Oficial en Turquía. 4, Composición poética de los provenzales. 1, Partícula incrédula.

XIV — 1, Conocimiento a los conservas. 2, Insecto. 3, Tomar leche sin agua corriente.

XV — 1, Escoba o mala. 2, Después del que es tarde. 3, Pizca.

XVI — 1, Medio cacique. 2, Musa y planta. 3, Arrojar rayos.

XVII — 1, Por la orquesta. 2, Arbol lampiño.

VERTICALES

I — 1, Aventura. 2, Sentencia.

II — 1, Zepellín. 2, Entra en la confesión de algunas trenzas. 3, Rima con laud.

(La solución en el próximo número)

Los números romanos indican el orden de las columnas; los números árabes (en la lista) el orden de las diversas palabras en cada columna

	II	III	IV	V	VI	VII	VIII	IX	X	XI	XII	XIII	XIV	XV	XVI	XVII
I																
II																
III																
IV																
V																
VI																
VII																
VIII																
IX																
X																
XI																
XII																
XIII																
XIV																
XV																
XVI																
XVII																



ILUSTRACION DE PARGAGNOLI

# SURCOUF, EL VALEROSO REY

## DE LOS CORSARIOS

EXISTE el patriota solitario. Y el mejor es el que lucha por la bandera de su patria a gran distancia de ella sobre aguas enemigas. No sujeto a ninguna disciplina el capitán de un barco corsario, no pirata, que piratería es robar, es el hombre más independiente y así también el más solitario: tiene tripulantes que mandan pero sólo son piezas vivas y dóciles de la máquina fantasma que es su barco. Pero el mismo en realidad es un fantasma con bandera, un fantasma autorizado por una patria, un verdadero espíritu con colores. Y su heroísmo se mide en proporción inversa al calado de su navío: y cuanto más pequeño es éste, más patria lleva. ¡Qué abnegación mariposante, qué estoicismo a prueba de crueldades, qué gran voluntad hieloteando sobre el océano! Así era el capitán francés Roberto Surcouf. Y su historia es ésta, coloquio de notables sucesos.

### Naufragio del Aurore

A los quince años, en 1788, se embarcó como voluntario en el navío "Aurore" que de Saint-Malo partía para las Indias. En el trayecto aprendió los vientos, las rutas de los barcos, los productos naturales de los países, los puntos para recalar: y todo con gran avidez de saber. De la Isla de Francia se pasó a Mozambique, establecimiento portugués en el Este de África, donde debían tomarse cuatrocientos negros para las Antillas. En el canal de Mozambique (entre Madagascar y África), lugar de corrientes para las tempestades, un furioso huracán castigó el barco y a pesar de todos los esfuerzos se arrojó contra la costa africana donde se destruyó: la tripulación francesa y los negros en libertad sobre el puente pudieron salvarse; pero todos los negros que se hallaban en el entrepuente perecieron. Surcouf intentó socorrer a los pobres esclavos abandonados a la cólera del mar y los que se ahogaron encerrados fue porque no pudieron huir por falta de tiempo para romper sus ligaduras. Apagada la tempestad se trató de salvar los vestidos y provisiones de la tripulación, para lo que se debía descender a la santa bárbara y el falso puente donde el aire era de putrefacción; se pasaba una jarra bajo los brazos de cada marinero y con un pañuelo mojado en vinagre sobre la boca, se le hacía deslizar en los restos del entrepuente. A menudo el hombre era retirado sin conocimiento. Este trabajo que duró quince días mostró el espíritu de sacrificio de Surcouf: dos veces se le subió desvanecido de la cala del navío, pero con todo se esforzó hasta la última hora, lo que le valió el ascenso a oficial del buque "Saint-Antoine" en 1790.

### El segundo capitán portugués

En su segundo embarco se atrajo Surcouf un odio feroz que un día debió costarle la vida. El mar en calma, como espejo que era, reflejaba el sol ardiente sobre las cabezas de los marineros que, envidados, consiguieron del capitán autorización para bañarse al costado del barco. Cuando volvieron, Surcouf se arrojó a su vez, pero apenas sintió la frescura del agua sus miembros quedaron súbitamente paralizados y no pudo volver a la superficie: para mayor apuro conservaba el conocimiento. Era una especie de catalepsia. Entonces los marineros lo sacaron y lo recomendaron a bordo: se le hicieron muchas fricciones, mas el segundo capitán, el del odio, aseguraba que todo era intil, rogándose interiormente. Roberto, que era todo en mortal angustia no podía testimoniar que la vida no le había abandonado. Su enemigo mismo levantó el cuerpo en el aire para arrojarlo al mar en el momento que Surcouf, apelando a toda su energía consiguió hacer un ligero movimiento de los labios que fue percibido y manos vigorosas de marineros detuvieron el envío ya dado. Sobre el puente volvió poco a poco a la vida y dos horas después retomaba su puesto, prometiéndose cuidarse de aquella mala voluntad, conocida de antes del segundo capitán, que era portugués. Más tarde, atacado éste de una fiebre maligna, lo sustituyó Surcouf en sus funciones y un día fue llamado al domicilio del enfermo para una importante comunicación. Vaciló pero concurrió armado para oír de boca de su enemigo excusas por el mal que le había hecho. Surcouf lo perdonaba cuando, viendo movimientos sospechosos en el enfermo, lo contuvo un brazo y levantando un cojín vio dos pistolas armadas para su daño. Tomando una de ellas le dijo que "no lo mataba por despreciarlo y que lo dejaba reventar como un cobarde". Después supo que había fallecido desesperado por fallar su golpe.

### Los comisarios del Comité Central

A los veinte años le fue ofrecido el comando del bergantín "Créole" para ir a recoger negros en Madagascar y África: los marineros de entonces hacían todos este tráfico, y Surcouf hizo varios viajes. Mas los "descamisados" llamaron sobre él la atención de los agentes de la administración, haciéndolo aparecer como menospreciando las leyes de la Revolución y esos agentes dispusieron su detención. Surcouf estaba en Madagascar cuando lo supo, pero continuó imperturbable el embarco de esclavos que había comprado. Luego se dirigió a Bourbon y desembarcó sus negros durante la noche, el color del tiempo continuaba el color de la gente, en un pequeño puerto cerca de la capital, situándose en seguida frente a la bahía de Saint-Paul. Se estaba en el trabajo de hacer desaparecer los rastros de la permanencia de los esclavos a bordo, cuando tres comisarios del Comité de Salud Pública Colonial abordaron de improviso el "Créole" para una inspección. Surcouf, disimulando su cólera, los dejó subir y, descubierto el empleo dado al navío, se levantó un proceso verbal y se ordenó al capitán que compareciera al Comité. Pero el capitán, paseándose sobre el puente, dijo palabras a media voz a su segundo y al jefe de la tripulación, que respondieron con una sonrisa y un guiño de inteligencia. Y cuando fue invitado a bajar a tierra, Surcouf respondió que lo haría después del almuerzo, que ya tenía preparado, y al cual convidaba a los comisarios. Estos, buenos glotonas, aceptaron; el capitán vio brevemente al jefe de maniobras, y se sucedieron platos exquisitos y buenos vinos, que hacían olvidar a los republicanos su misión. El segundo consiguió despachar la chalupa de la comisión, diciendo que la substituiría el bote del barco, y en seguida el cable es largado sin ruido, y el buque, cubierto de velas, se aleja de la bahía. Yendo hacia el mar empezaba el balanceo, cuando estaban encendidos los cigarrillos, y haciéndose más sensible, los comisarios entraron en sospechas. Roberto les invitó a subir al puente, y ellos vieron la costa que se alejaba y se impusieron de su situación, por lo que llegaron a amenazar a Surcouf. El que les dijo que los llevaría a vivir entre los negros africanos; mas solo quería intimidarlos. Al pasarse la noche, los visitantes se marearon y terminaron por convenir con el capitán que tratarían de destruir todas las sospechas y que certificarían que la mara había alejado al "Créole" de su anclaje. Ocho días después de la capitulación, Surcouf dejó a los comisarios en la Isla de Francia.

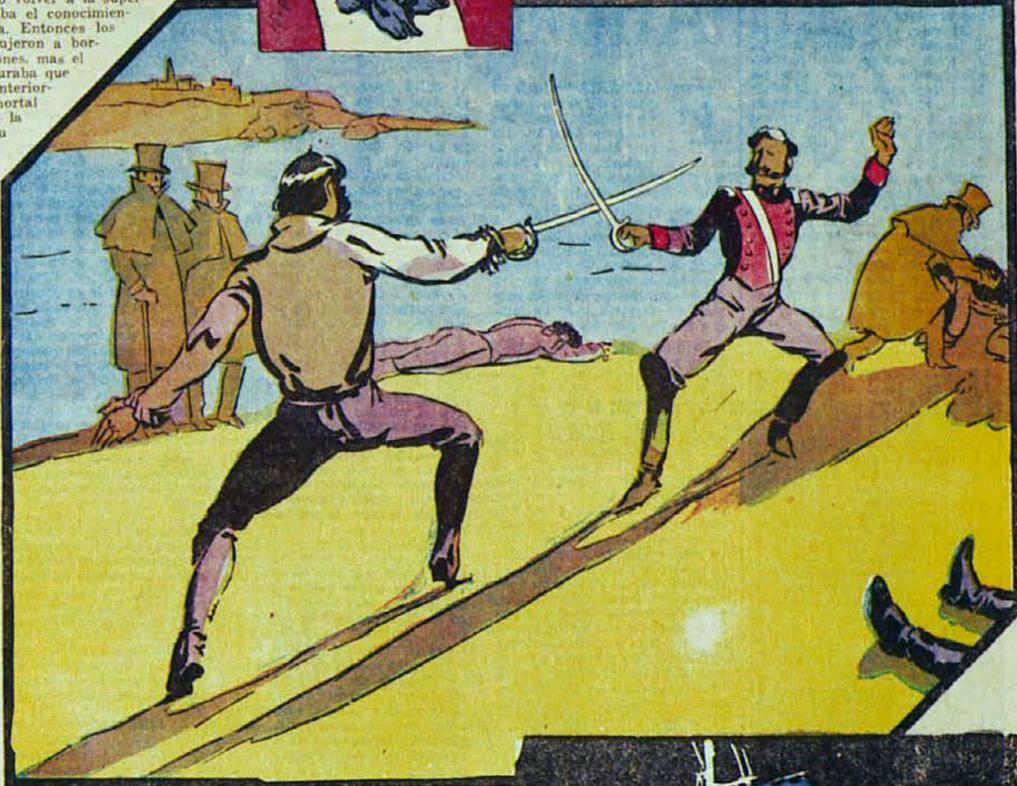
### Toma del Tritón

En 1796, mandando el bergantín "Cartier", con cuatro cañones de su barco anterior, Roberto estableció su crucero cerca de las bocas del Ganges, el gran río por donde salen todos los navíos que vienen de Calcuta. Viajaba en conserva con el "Diana", que había capturado, cuando apareció el buque inglés "Tritón", que llevaba una batería de veintidós piezas, aparte de otros cañones, y ciento cincuenta tripulantes. Surcouf tomó tres hombres del "Diana", con lo que llegaban a ser diez y nueve, incluso él, y mandó, impetuoso, cortar el camino al barco inglés. Y aquí viene la astucia llevada a la audacia: disfrazando su nacionalidad, iba en el mástil de trinquete el pabellón británico, al cerciorarse de la mayor velocidad del "Tritón", con lo que éste se puso de través para esperar, confiando en su seguridad. Acercándose, distingue la gran batería, y en el puente, mucha tropa, que resultó íntegramente europea. La posición del "Cartier" parecía desesperada. Surcouf se alarmó un rato, y por resolución súbita, ordena a los suyos armarse cuidadosamente y estarse escondidos: él se muestra en el puente con tres hombres, mientras algunos hindúes inofensivos estaban sobre el combés. Ya más cerca, hace substituir con rapidez la bandera británica por la francesa, y al mismo tiempo se disparan dos cañonazos contra la tripulación visible en el puente del barco contrario: del cual se eleva un largo grito de asombro, al que res-

ponden los marineros del "Cartier", que se enderezan, con su hurga de desafío. Surcouf aborda el "Tritón", y, aprovechando el momento de confusión, echa seis franceses en los obseques de meana, de donde escalan la toldilla. El "Cartier" continúa su evolución, y su costado se junta al costado de su contrario, quedando dominado por su alta muralla como por un bastión. Surcouf, a la cabeza de sus marinos, franquea los empalmeados altos del "Tritón" y hace fuego contra el capitán, a quien mata, empuja al interior del barco todo lo que resiste y queda dueño del puente. Los ingleses, bloqueados, cargan un cañón para hacer saltar el combés con los franceses que lo habían conquistado; mas Surcouf hace levantar la gran escotilla, y a su abertura aparecen turibundos los ingleses, sobre los que hace llover granadas, para hacerlos retroceder, y, con nutrida fusilería, impide el proyecto de los cañoneros enemigos. Cunde el pavor, y un inglés, avanzando hacia la escotilla con un pañuelo blanco, declara la rendición de sus compañeros, con lo que cesa el fuego. En fin: ese asalto en las bocas de Ganges era un hecho tan audaz como un ataque en la desembocadura del Támesis.

### El Rajá de Java

Llegado en 1799 a Java en el "Clarisse", Surcouf decidió desembarcar en una parte al parecer deshabitada de la isla, donde la vegetación era espesa, en busca de madera y agua dulce. Y, penetró en un bosque para cazar algunos pájaros muy vistosos, cuando hizo irrupción una tropa de javaneses armados de lanzas que se interpuso entre los trabajadores y el mar para



impedirles la retirada. Marchaba a la cabeza un hombre alto y atlético que avanzaba como una bestia mirando con furor, mientras los salvajes se deshacían en alaridos. La situación era crítica, pero el capitán hizo un signo a sus marineros para que se quedaran inmóviles, ya que se disponían del mejor modo a la lucha, y se fue tranquilamente hacia el rajá con el fusil a la espalda. Los naturales, sorprendidos de ese valor, se agruparon alrededor de su jefe, que llegó a detenerse, mas con la jabalina lista para perforar a su enemigo. Surcouf fijó entonces toda la potencia de su mirada en el rajá, que, no pudiendo soportar la expresión fascinante, desvió los ojos de los movimientos del corsario, para fijarlos después en un pañuelo de seda roja que el capitán llevaba con negligencia alrededor del cuello. Adviniendo el ansia de posesión, el marino se lo quitó, para colocarlo en la espalda desnuda del rajá. Este, entendiendo el acto como un homenaje, contempla el pañuelo, duda sobre lo que debe hacer, parece interrogar a su tropa y consiguiendo una aquiescencia: de modo que, al fin, dirigiéndose a Surcouf, le da a comprender, con gestos furiosos, que él es el señor de toda esa comarca y que los visitantes tienen que dejarla lo más pronto posible. Lo que así se hizo, siendo el último en retirarse el capitán, para cuidar a sus hombres.

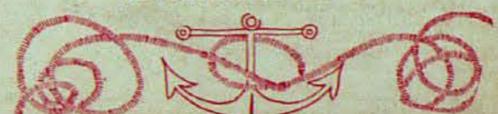
### Encuentro con otro corsario

En el mismo año, el "Clarisse" reconoció el "Malartie", corsario de la Isla de Francia mandado por Juan Dutertre, de gran reputación. Ya antiguos, Surcouf, después de los cumplidos de Dutertre, lo invitó a un banquete, a cuyos postres el visitante dijo al anfitrión: "Tu vino es un néctar digno de los dioses, y yo quiero hacerte gustar mi clarete y enviarte algunas conservas, ambrosía para las mesas de las señoras de Calcuta. Tengo una gran provision y cenarás como un señor feudal". A lo que respondió Surcouf: "Sea, con la condición de que mi gastronomía reconocida quite tu tocado y el de tus tripulantes: tengo las modas de los elegantes de Covent-Garden; te las doy, y serán como los peti-

POR

BENJAMIN BELTRAN

ILUSTRACION DE RECHAIN



metres de París". Dutertre, ya agitado por las libaciones, dice ofendido: "Sabes que no somos damiselas; además, cuando yo doy, no vendo", y promete tirar por los aires la mercadería que recibía de Surcouf. El que, más dueño de sí, sonrió e hizo servir café. Como las órdenes habían sido dadas por los dos capitanes, el vino y los vestidos fueron transbordados. Al llegar más tarde a su bordo, Dutertre tropieza en el puente con uno de los fardos enviados por Surcouf, y entonces, dominado por el vino, hace aproximar su navío al otro: grita por su bocina: "Roberto: He ahí el caso que hago de tus regalos" y los tira por encima de la borda. "He aquí como aprecio los tuyos", replicó Surcouf furioso, echando las botellas por los aires. Y se convino un duelo para cuando se encontraran en tierra, el que no se verificó por la intervención amistosa de un gobernador francés.

### Captura del Kent

Surcouf era el capitán del "Confiance", en el año 1802, cuando se puso a su vista un navío de gran tamaño. Era el "Kent", de la Compañía de las Indias, con treinta y ocho cañones y hasta 450 hombres, ya que llevaba los tripulantes y soldados de otro barco incendiado: lo mandaba Rivington, y procedía del Brasil. "Todo el mundo en el puente, todas las velas fuera. Café, ron; refrescar los tripulantes. Zafarrancho general de combate", ordenó el corsario, y no eran más que 130 hombres. Arregló a la tripulación y le acordó una hora de pillaje, gran incentivo que trajo el frenesí. El "Kent", seguro de su fuerza, henchía las olas del golfo de Bengala, y, avisado Rivington de la presencia de un barco, primero lo creyó amigo, mas, reconociéndolo por corsario, pensó dar cuenta rápida de él. Y, así, invitó a un general inglés y a las damas viajeras a asistir al espectáculo de la captura. Al momento, una bala de cañón pasó por encima del "Confiance", y, al no hacerse caso, el "Kent" envió toda una andanada, y ese huracán de hierro y plomo pasó sin dañar a los franceses. Silenciosa se dirige resuelto contra el barco inglés y maniobra varias veces para abordarlo por la parte menos alta, de modo que el "Kent", advertido del propósito, se vuelve sin cesar como un toro furioso para presentar su frente amenazado. Surcouf hace izar la bandera francesa y poner de pie a todos los tripulantes, lo que se efectúa en medio de un gran grito, entendido por los contrarios como de angustia. Sin su gran vela, el "Kent" no puede virar, lo que ya había previsto Surcouf, y el "Confiance" se encuentra al fin bajo la vasta popa del inglés como dominado por una alta fortaleza. Dos pelotones hicieron el abordaje: uno, mandado por el capitán corsario, y el otro, por el segundo capitán, Dieux, que se hizo dueño del mástil de trinquete. Cuando Rivington va con sus hombres para desalojar a los franceses, Surcouf se precipita con los suyos sobre el puente del "Kent". Se unen los dos pelotones, y la carnicería es general. El capitán inglés es muerto por el estallido de una granada, y el corsario, para excitar a los suyos, se mete con la cabeza baja en la capesura de los enemigos y repartía golpes a un lado y a otro con su arma blanca, para luego hacer hundir las puertas de la toldilla y vencer a sus ocupantes. El segundo del "Kent" se defendió luego a toda costa en la batería; pero allí también Surcouf vence en una lucha cuerpo a cuerpo, y el barco es arrojado al pabellón tricolor. Y, por que, con medios oportunos, consigue detener como Bonaparte en Favia. Más tarde, paseándose el corsario por el puente, puso una bala silbando en sus orejas: era el disparo hecho por un soldado inglés escondido en la cofa, que fue acuchillado sin piedad por su tentativa de asesinato, ya que la lucha había terminado.

### Surcouf y Bonaparte

Rota la paz de Amiens, Napoleón conquistó la utilidad de los corsarios, y les dio una especie de código. Sabedor de los éxitos de Surcouf, lo hizo llamar, y ya delante de él, en Saint-Cloud, los dos hombres se contemplaron mutuamente, pues tenían un parecido: igual decisión en el ataque e igual audacia. Surcouf era el Napoleón de los corsarios, el primero en la licitud y la ofensa. Y así, manteniendo los barcos de línea en los puertos y lanzando sobre todos los mares una multitud de fragatas y embarcaciones ligeras, se podría aniquilar el comercio de Inglaterra y ponerlo a disposición de Bonaparte. Mas éste dijo que, por el honor de Francia, no podía anular su marina de guerra.

### Duelo con 12 oficiales prusianos

Hacia 1817, doce oficiales del regimiento del coronel Wrangel fueron a Saint-Malo, donde se destacaron por su jactancia. Y un buen día entraron en un café donde estaba Surcouf con dos amigos, profiriendo palabras ultrajantes para Francia. Naturalmente, Roberto replicó y arrojó un taburete sobre la cabeza de uno de los oficiales, que cayó en sangrentado, a los que los demás fueron con los sables desenvainados contra los amigos de Surcouf que, detrás de una mesa de billar, desafió a batirse a los doce.

Aquí había reaparecido el viejo corsario. Aceptaron los alemanes y el duelo se convino a sable y detrás del Fort-Royal. Surcouf concurre con los dos amigos y un médico, y el primer oficial con que se midió fue el del taburete, que se quería vengar del insulto público recibido. Atacó impetuoso al corsario, pero éste paró y un golpe le cortó la muñeca. Al segundo prusiano, le abrió el vientre y murió. Aquí, los amigos de Surcouf propusieron terminar el combate; pero, los alemanes, que habían bebido copiosamente, a ver las heridas de sus camaradas, querían con mayor excitación la vida de Surcouf. Y, así, once oficiales fueron más o menos gravemente heridos. Al presentarse el duodécimo, muy pálido, dijo el corsario: "Es necesario que subsista para atestiguar como fué el combate". El alemán saludó. La vista de esa carnicería lo había desmoralizado por completo. Después, el coronel Wrangel humillado de la derrota de sus oficiales, hizo creer que las heridas que presentaban eran a consecuencia de una querrela habida entre ellos.

Roberto Surcouf había consagrado su vida al mar. De modo que debía un desagradajo a la tierra. Y, para desagradar a la tierra, hizoos agricultor, mejorando en todo sentido varias propiedades rurales en Francia. El hombre que miraba lejos sobre el mar llegó a mirar cerca sobre la tierra, y el hombre que anduvo tanto sobre el inestable elemento, anduvo poco sobre la tierra, tan fácil de andar. Es que el hombre inquieto necesita que sea móvil hasta el suelo que pisa, y si este suelo es inabismable, si se escapa de las manos, que mejor que tratar voluntarioso de ponerle el pie, a estar sobre él, de hacer en su piso incierto larga estación llené de contingencias que hasta arrastran a la gloria.

El surco único y sin medida que fué haciendo con sus barcos sobre el mar, lo fué imitando poco a poco, sin saberlo, sobre la tierra de sus campos. Allí era el surco impar, que permanecía visible para Dios, y aquí, el surco extenso se rompía en cortos surcos paralelos, visibles para los pájaros.

Y cuando sus tierras necesitaban agua, se acordaría del mar!



## Los DOS RASCACIELOS

DOS rascacielos se levantaban uno frente al otro, separados por la calle, en el pueblo de Higado con Cebollas. Durante el día, mientras las calles estaban llenas de la gente que compra y vende, los dos rascacielos conversaban entre sí como conversan las montañas. Durante la noche, en que la gente que compra y vende se había metido en sus casas y no había en las calles más que vigilantes y chauffeurs de taxi, durante la noche, cuando una bruma se arrastraba en las calles y echaba un velo púrpura y gris sobre las cosas; durante la noche, cuando las estrellas y el cielo hacían caer capas de bruma púrpura sobre la ciudad, los rascacielos se inclinaban el uno hacia el otro y hablaban muy bajo. Que se hayan dicho muy bajo secretos el uno al otro o se hayan dicho muy bajo cosas que usted y yo conocemos, es su secreto. Hay una cosa cierta: se les vio muchas veces inclinados el uno hacia el otro, hablando muy bajo en la noche, como las montañas se inclinan y hablan muy bajo en la noche.

En lo alto del techo de uno de los rascacielos estaba el carbrito de la veleta dominando las praderas y los lagos azules plateados que brillaban como los platos de porcelana azul del desayuno y las serpientes de plata de los ríos que se enroscaban al sol matinal.

El viento del Noroeste era amigo de los dos rascacielos. El que venía de tan lejos, él que había hecho doscientas leguas en algunas horas: él, que andaba tan ligero, mientras los rascacielos quedaban siempre plantados ahí, siempre ahí, en la misma vieja esquina — el viento del Noroeste traía las noticias.

— Veo que la ciudad está siempre ahí — silbaba el viento a los rascacielos.

Y le contestaban:

— Sí; y allá abajo, de donde vienes, ¿están las montañas siempre paradas?

— Sí; las montañas están siempre allá y más allá está el mar y los ferrocarriles que corren siempre y ruedan siempre por las praderas, hacia las montañas, hacia el mar — respondió el viento del Noroeste.

El Noroeste y los rascacielos habían hecho un arreglo. Muchas veces el viento sacudía el carbrito de la veleta y el ganso de la veleta en lo alto de los rascacielos.

— ¿Vas a tirar el carbrito de la veleta? — preguntó uno.

— ¿Vas a tirar el ganso de la veleta? — preguntó el otro.

— ¡Oh, no! — dijo el Noroeste, al uno y al otro, — si alguna vez tiro al suelo tu carbrito de la veleta y si alguna vez tiro al suelo tu ganso de la veleta, será cuando alguno de ustedes luche contra la mala suerte.

Así pasaba el tiempo y los dos rascacielos estaban siempre ahí, con la base entre los vigilantes y los taxis, la gente que compra y vende, los clientes con sus paquetes, encargos y comisiones, mientras allá arriba estaban sobre sus techos el carbrito y el ganso, dominando los lagos de un azul plateado igual a los platos de porcelana azul del desayuno, y las serpientes de plata de los ríos que se enroscaban al sol matinal.

Así pasaba el tiempo y el viento del Noroeste no dejaba de venir a traer noticias y hacer promesas.

Y así pasaba el tiempo. Y los dos rascacielos decidieron tener un hijo. Y resolvieron que cuando tuvieran un hijo sería un hijo "libre".

— Es preciso que sea un hijo libre — se decían el uno al otro. No debe ser un hijo que se quede ahí plantado toda su vida en una esquina. Si, si tenemos un hijo es preciso que sea libre de correr a través de la llanura, hacia las montañas, hacia el mar. Si es preciso que sea un hijo libre.

Así pasaba el tiempo. Un hijo nació. Era un ferrocarril, el Expreso Espiga de Oro Exclusivo, el más rápido de los trenes de larga distancia en el país de Rutabaga. Rodaba hacia las praderas, hacia las montañas, hacia el mar. Los dos rascacielos eran felices de tener un hijo que escapaba de la gran ciudad, para correr hacia las montañas, hacia el mar; correr hasta las lejanas costas y los montes acariciados por el viento del Noroeste.

Eran felices de tener un hijo que sirviera para algo; sí, felices de que su hijo llevara dos veces cuatrocientas personas a razón de cuatrocientas leguas por día, mientras que la gente, cuando hablaba del Expreso Espiga de Oro Exclusivo, hablaba de él como de un encanto de chico.

Así pasaba el tiempo. Llegó un día en que los canillitas gritaban como si hubieran perdido la cabeza: "Yah yah, blah blah y yah yah". Era todo lo que comprendían los rascacielos, que nunca se habían preocupado de escuchar lo que gritaban en la calle. "Yah yah, blah blah, yah yah", subía de nuevo el grito de los canillitas hasta lo alto de los rascacielos. Al fin los gritos se hicieron tan fuertes que los dos rascacielos pararon las orejas y escucharon a los canillitas, lamentándose en un tono agudo: ¡Lean el terrible accidente del ferrocarril, todos los detalles! ¡Lean la catástrofe del Expreso de Oro! ¡Horribles detalles! ¡Número de víctimas!

Y vino el viento del Noroeste gritando un canto lastimoso en el tono lento. Y al fin de esa tarde, en un tropel de vigilantes y de chauffeurs de taxi, de canillitas y de clientes con paquetes, toda la gente hablaba y se asombraba de dos objetos que estaban el uno cerca del otro, sobre los rieles del tranvía, en medio de la calle. Uno era el carbrito de la veleta. El otro era el ganso de la veleta. Y yacían muy cerca el uno del otro.

CARL SANDBURG

ILUSTRACION DE HUMBERTO CAPUTI



# El Amigo del Muerto

DESDE tiempos más o menos remotos, el joven Mustol, veniese quedando en la reputación de un apendicitis crónica. Hasta que un día falleció, súbitamente, así como estalla un neumático y no a causa del maligno apéndice, sino con el ligazgo calcinado por las copiosas iritaciones que hacía de alcohol anílico... Esa vez en la oficina, los expedientes de los accidentes se quedaron en el casillero. La correspondencia no se despachó y en homenaje al muerto, se habló peor que nunca de los cachafaces empleados, que le pidieran la firma para extraer dinero en los bancos. Como yo era el único que no le solicitara la firma a Mustol, espontáneamente, con el entusiasmo que el caso requería, me erigió en defensor gratuito de su causa póstuma: el cobro de las cuotas atrasadas en concepto de préstamos, todos los demás empleados le adeudaban. Y mi entusiasmo no se detuvo allí, sino que propuse a los demás tráfugas de la oficina, visitar en corporación o sea en pandilla, la casa del finado. Operó la sugerencia colectiva, que era de desear, pues todos, hasta los más venenosos amigos de Mustol, juraron puntual asistencia. Era un deber de fraternidad, como declaran los misticadores clásicos, acompañar al hombre que se fugaba al país tenebroso, cuando más expedientes se amontonaban en la oficina y más profucos frutos los empleados esperaban de sus firmas. ¡Ah, soberbias firmas desde el plinto de visita grafológico...! Esa noche no cené por no llegar tarde a casa del "cuatro veces bendito", como los antiguos llamaban a sus muertos. Ningún camarada en los ocios de oficina acompañaba a Mustol. Aquello me produjo en el alma, un amor de sulfato... Una hora, dos horas, cuatro horas transcurrieron y llegó la madrugada y qué, los acreedores de Mustol aún estarían en camino... Como con respecto a la muerte profeso el sentimentalismo, la creencia que en ciertas regiones asiáticas predomina, acerca del convencimiento del inmortal espíritu, me propuse pasar el acto lo más jubilosamente posible, para no rebajar la condición del extinto con lactuosas supercherías y tribulaciones absurdas, que siempre entorpecen el viaje del alma a su celeste país de origen. Desde luego, por contagio, por mimetismo, por lo que fuese, muchas personas empezaban a participar de mi temperamento y cada cual, según su psicología, comentaba el caso.

—Sí, tiene que haber algo... Algo que nosotros no comprendemos...

—Venimos de la tierra, es verdad, pero la vida de la tierra no es la vida de las personas... En fin, yo no entiendo nada.

—Mejor es no pensar.

—Vaya, ¡qué gracia! No pensar, no pensar... Eso sería lo más cómodo, lo más elegante, pero no lo más sensato, lo más decente... A veces resultaría más práctico, más económico caminar con la cabeza... Se gastarían menos zapatos y los juanetes no serían el terror de los pies. Pero ¿a que usted no camina un kilómetro con la caja craneana?

—Bueno, bueno, no he querido significar eso, precisamente...

—Señores, que esta amable plática, no derive ahora hacia la absurda controversia. Tengan en cuenta señores, que el espíritu de Pascual está aún presente aquí. Agotemos todos los recursos de la imaginación, haciéndole lo más placentero posible su última noche de este mundo. La amistad cálida que le profesamos, no nos concede el derecho de presentarnos ante su descaído espíritu, con el trágico mascarón de la congoja. ¡Absolutamente! Que cada uno de nosotros sea un rostro riante, una festiva alma, en torno de la libre alma que se va, como una sutil llama hacia el desconocido horizonte.

No había terminado yo de pronunciar estas palabras, cuando en la mortuaria estancia entró un individuo alto, como un cimbreante álamo y sombrío como ciprés. Vestía un traje mal cortado y su cara, con barba de tres días, mostraba la veridosa palidez de los que padecen largos insomnios o están habituados al tráfico de los muertos. El hombre ciprés, empezó por agitar desesperezadamente los brazos, junto al ataúd, lamentándose a media voz:

—¿Qué injusticia, qué injusticia Señor! Pero, ¿es que Dios existe? No, no. Si Dios existiera vos no estarían ahí, Mustol, ¡Mi querido Mustol!

Viendo que de la desesperación del sujeto, iba en crescendo, ningún juzgó conveniente apaciguarlo:

—Señor, no se ponga usted así. Paciencia... Para eso estamos...

Otro se comió a consolar al gran amigo del muerto. Porque era evidente, que aquél tenía que ser un gran amigo de mí ex camarada de oficina:

—¿Cómo se sent, cálmese. Brímeros unos, brímeros otros, todos nos vamez. Ninguno de nosotros ha de quedar para semilla. Pero el hombre continuaba gimeando:

—Nuestra amistad venía de muy lejos... sí, sí. Venía de cuando saltábamos los tapiales de las quintas para robar duraznos... ¡Ah, Mustol! Las veces que parado sobre mis hombros pasaste el tapial... ¿Y ahora? Ahora ya no me ves, ni me res-

pondez, no sabes que me vengo a pie desde un pueblito de la provincia, para pedirte como tú lo mereces. ¡Lástima que nadie supo recoger tus méritos! Tenías una hermosa caligrafía, eras el mejor empleado de tu oficina y sin embargo, cualquier chupatista, cualquier orejero del jefe ganaba más que tú y estaba mejor conceptualado. Ah, yo sé que te conocía bien, Mustol. ¿A qué ni, tu alma no tenía arrugas ni secretos. Yo era tu mejor amigo, tu único amigo, tu gran amigo...

Lo dejamos llorar, moquear a gusto. Cualquier vil dolor es respetable, cuanto más un santo, tremendo dolor como el de aquel hombre, que se venía a pie de un pueblito lejano para despedir al camarada caído. Y como nosotros no íbamos a padecer la noche contemplando la cara de roedor de Pascual, bajo la galería reanudamos la plática festiva. El hombre se quedó por ahí arrinconado, con su osca congoja, su veridosa palidez y su crecida barba. Amanecía cuando el cuñado de Mustol, que era el que se entendía con todo en la casa, se llegó hasta nosotros para decirnos con voz estremecida de emoción:

—¿A que no saben lo que pasa? El pobre... el gran amigo de Pascual, me suplica le de la ropa...

—¿Qué ropa? — pregunté tontamente.

—La ropa de Pascual, pues... Se ve que el hombre está pasando por una espantosa miseria... no tiene ya qué ponerle... Hay que ayudarlo... ¿No les parece a ustedes? Y todos a una sola voz convenimos:

—Sí, sí, ¡hay que ayudarlo! ¿Cómo no! ¡Sin vacilar! ¡Pobre hombre!

Al rato, el hombre doliente, el hombre de la barba crecida, el gran amigo del muerto, abandonaba la casa con un buen fardo de ropa. Mentalmente, me dió por comparar la estatura, colosal del hombre del ciprés con la esmirriada del petizo Mustol. Y lógicamente, aquello no podía ser; el contraste era demasiado violento. Sabía que espíritu chaotico de los que vagan por las ciudades, chancándose con las personas serias, perversamente me susurró al oído:

—Síguelo, síguelo.

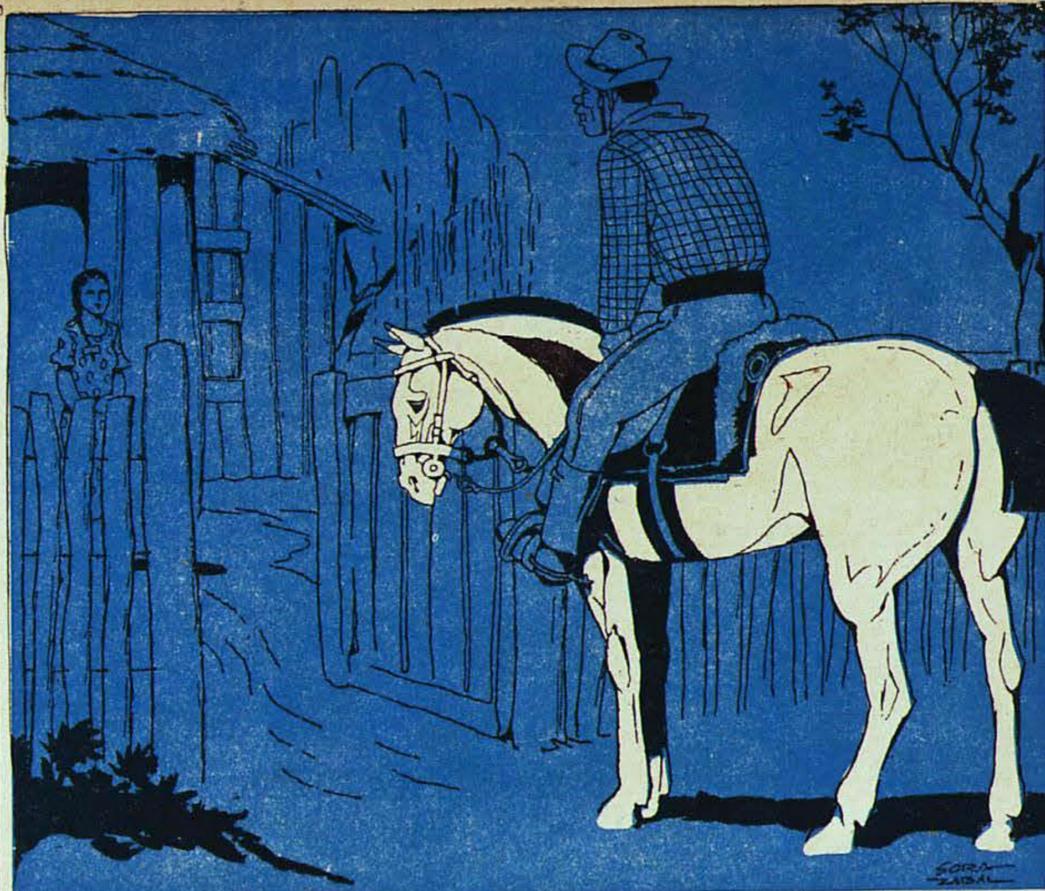
Lo seguí, por calles y calles, hasta que el hombre entró resueltamente con su fardo, en una casa de destaralada y mugrosa vidriera, que inmediatamente comprobé, se trataba de un negocio de compra-venta... Súbita cólera me poseyó, pero logré dominar el primitivo impulso y en la esquina esperé a que el hombre saliese del negocio. Acaso habría entrado en él para solicitar alguna dirección... ¡Es tan repugnante juzgarlo! Las personas casi nunca son como ante nosotros aparecen... Sí; pero toda mi filosofía es juego de ilusionismo, cuando veo que el hombre abandona el negocio sin el fardo y viene hacia mí contándose su asqueroso y vil dinero. Sus ojos redondos, negros, de animal pensante, icómicamente brillan codiciosos! Y su repulsivo, veridoso semblante, icómicamente se dilata en el espasmo del artero asalto consumado! Y todavía, para mayor escarnio del humano ser, al pasar frente a mí, oigo que con artero voluptuosidad de bandido, dice:

—Vaya, vaya, no he perdido la noche...

A manera de escupitazo infamante le gritó:

—Fantoche descarrado! ¡Ropavejero!

Se da vuelta bruscamente y me clava la mirada pífida de sus redondos negros, ojos de bestezuela rapaz, suelta una estridente carcajada y con un débil encogimiento de hombros se va... Posiblemente va a sorber un pocillo de express, mientras ojeará algún diario de la mañana y entre los muertos ya sabrá encontrar la presa de esa noche. Conoce su oficio... El hombre sabe trabajar.



# Andanzas del Tumbeador

## FALTARIA media hora para salir el sol, cuando el fogón quedó totalmente desierto. De toda la animada dicharachería a que se reinaba un rato antes, no quedaba otra cosa que unos cuantos asientos desparramados, varios mates dejados al descuido recostados a cualquier cosa o entre los tarros de yerba; además, una gran cantidad de puchos de "cigarros" armados de tabaquera, que los fundadores tiraron al suelo, después de sacarles todo el jugo que les fue posible.

## Losa

Entró Losa, el viejo estaba sentado sobre unos fardos, pero de tan mala vuelta, que en cuanto lo vió, se puso a resonar en voz alta, contra la mala disposición de las cosas que allí se encontraban; el negro no precisó más, y ni se le arrimó siquiera; pero en el otro extremo, al lado de la puerta, Losa divisó al soguero, estaba trabajando unas cuasas, y no hizo más que dirigirse hacia él, con la esperanza de darle charla, que quiso iniciar, diciendo: ¿Qué tal, amigo? ¿Trenzado? El otro apenas si lo miró de rabo de ojo, contestando como para sí mismo: Si no es para dar rabia, con el maldito cuero "fayuto", que me ha salido, se me cortan todos los dientes. ¡Ahurita aventó la boca, terminando de darse cuenta de que en esa estancia "no había nada que hacer" y pensó: a estos, la mucha rabia viene del poco sueldo, y si el patrón tiene el coraje de pagar poco, no le falta audacia para hacer trabajar mucho, y todo debe andar por el estilo; así que sin más vueltas, buscó su bozal, saliendo a campar el zaino, que soltó la tarde antes en el pوترero de las lecheras.

No tardó mucho en volver con su pinglo de tiro, que era tan manso y se querían tanto con el negro, que en cuanto se acercaba éste, silbándolo y diciéndole: tomá, tomá, como si le diera maíz, el zaino se venía con las orejas hacia adelante, y medio relinchando pererezosamente.

Cuando estuvo en el palenque, después de cepillar y rasquetear, prolijamente ensilló con pocas vueltas, poniendo con el poncho fino sus escasas pilchas en la "gurupa"; ahí nomás montó sin despedirse de nadie, ni dar las gracias. Total, pensaba, ¿para qué?... El no necesitaba mucho tiempo para darse cuenta si la estancia era "buena" y esa era buena... porquería; allí, todo el mundo estaba en su trabajo, con el capataz a los talones y el "mayorengo" de puro "breche", con las botas hasta la rodilla, a las gueltas con el ojo como line... No, no, él se mandaba hacer, ya encontraría donde hacer medio día, y para la noche en último caso, a unas tres leguas de donde se encontraba tenía el boliche.

Así, tranquilamente, al tranquito de su zaino, se iba alejando de la estancia con la única preocupación, de palpitarle, dónde podría llegar, porque el negro no era de los que andan errando el "chubingo" para ellos, desde lejos, iba divisiando la extensión de los montes, la clase de plantas que había, si tenía molino, si las poblaciones eran de "material", si la tranquera era de madera, si la llegada estaba terrapenada, y en fin, muchos otros detalles, por los cuales Losa era capaz de acertar, si sus pobladores eran pobres o ricos, dueños o arrendatarios, chacareros o hacendados, prolijos o abandonados, buenos o malos, y hasta antes de llegar cal-

## Losa

culaba el tiempo para salir el sol, cuando el fogón quedó totalmente desierto. De modo que yendo por el camino, desde lejos le había tomado los puntos a una especie de estanzuela, que se hallaba a la costa del callejón. Cuando estuvo cerca, pudo comprobar que se trataba de una casa, esto es, el tipo común de las moradas de pequeños propietarios, donde vive toda la familia, haciendo el trabajo general de la misma. El negro no vació en llegar, bien se veía que era gente de "buen pasar" y con seguridad le dejarían desensillar un rato, invitándole además a comer.

Cuando estuvo en el palenque, como los perros en ese momento estaban detrás de la casa, en el corral de ovejas, no lo sintió nada, por lo que tuvo que pegar el grito de: "¡Avermaria!". Inmediatamente, Margarita, una de las muchachas de la casa, se asomó por debajo de unos sauces, para ver quién era, y al comprobar que se trataba de un desconocido, se volvió para decir a la madre: Mamá, ahí está un hombre de a caballo. ¿No está "papá", o alguno de los muchachos? No, están en el corral, y bueno, andá vos a ver lo que quiere.

La chica medio vació un instante, no por temerosa, ni falta de ganas, sino para hacer una rápida comprobación de cómo se encontraba, y parece que no estaba del todo mal, porque al instante medio se froto las faldas, hizo girar un cinturoncito de género que llevaba en la cintura, acomodó con la punta de los dedos el vestido sobre las caderas, se arregló un moñito del escote, y por último, tomando el caballo con ambas manos, en un toque maestro, echó el lijero a torrearlo uno perros ovejeros, pero en seguida se volvieron donde estaba el carreador, esperando las aclaras que éste les daría al terminar.

Losa ató el caballo en unos paños, y vino haciéndose el desconocido, el otro ni se molestaba a recibirlo; creía que se trataba de un desconocido, pero cuando estuvo a unos pasos, el negro alzó un palito y se lo tiró por la espalda al otro. El morocho en cuanto se dió vuelta lo conoció, pegándole el grito de: "¡Ahijuna, quién habías apodillado!". Le echó la perriada atrapiándolo con el cuchillo que estaba carreado. Se hizo un alboroto infernal, los más diversos y destemplados gritos de los visteados, junto con el ladrar desesperado de los perros; el negro andaba en el aire, saltaba como un gato, defendiéndose con el poncho y el rebenque, del morocho y de los perros.

Al oír semejante griterío, salió la vieja, pero al conocer al negro, mientras se destornillaba de risa, advertía a su hijo: ¡Cuidado Morocho, que no lo vaya a morder el capitán!

Cuando se cansaron un poco, simultáneamente dejaron la "canchada" para darse la una no palmándose efusivamente y diciéndose: ¿Qué hacés hermanaco? ¡Tanto tiempo! y creían que se habían muerto.

Al fin se pusieron a carrear juntos, después cuando el morocho se fué a traer las lecheras, el negro hizo un poco de leña, sabía que comediándose, se granjeaba la simpatía de la vieja, luego fué para la cocina, donde tomó unos mates con la Merenciana, que charlaba hasta por los codos de vivos y muertos, y la que terminó diciéndole: ¡Y que término que no has soltado ese caballo?, y bueno, si me da permiso. Losa se hacía el "chiquito", ¿Cómo si te doy permiso? ¡No sabés que en mi casa podés pasarte unos días cuando quieras?

Losa se fué a desensillar, con la sonrisa en los labios y la certidumbre de que por una temporada tenía pasto para su zaino y tumbada para él.

## Nemesio Chourrout

Ilustración de Sorasábal

El himenóptero debe dedicarse previamente a la minería. Ignoro si las raíces a que se refiere el musicólogo son subterráneas o aéreas, pero en cualquier caso dudo que una mariposa se sienta atraída por esos admetáculos hasta el punto de transformarse en un roedor, en un morfón de cimientos, o un socavador consuetudinario y provocar con su inconsciencia terremotos, cataclismos y derrumbes.

Otro pasaje interesante cuyo único mérito reside en la cursilería más rebucada es el que continúa:

Porque Mozart, que sobre ligero plato italiano recamó con hilo de paño enrebrado en agujero alemán lo que iba a ser la vestidura de su genio, prefirió el aleteo cercano a la tierra al vuelo a gran altura pero poco uniforme.

Me extraña mucho que el aludido Mozart se muestre de golpe y porrazo enemigo de la mixtura, las ensaladas y la nilonga con variaciones después de la despare de su laborioso ajuar a base de paños de Italia, hilos de plata no sé si del Perú, y agulaz svásticas. Más adelante expresa el técnico:

"Cosí fan tutte" (1790), ópera bufa compuesta por dos actos y ocho cuadros, lleva en su partitura el sello alado del autor de "Las bodas".

¿Un sello alado? Aparte de los atractivos que puede ofrecer para organizar cacerías o concursos de tiro cada vez que se desee estampar un monograma, rubricar un cheque sin fondos o marcar el ternero manón, con el riesgo de que queden orejanos por falta de puntería, no la veo otras ventajas ni explicaciones. Para terminar lo que sigue:

En el segundo acto, después de paladearse hermosos dúos, la mano del compositor se debilita algo, pero inmediatamente retoma color, brindecando de cuadro en cuadro hasta llegar al quinto

# Museo de la Confusión

A temporada lírica del Colón tiene la virtud todos los años de exaltar a los críticos musicales, Mayorengos, Ferrerías y demás especialistas en chillidos, ocarinas, sonajeros y matracas. Uno de los que con mayores bríos ha fallado últimamente ha sido sin duda el señor Fernando Jáuregui, que además de técnico musical es poeta hasta decir basta (que es lo que todos le decimos). Poseedor de un inagotable bagallo de conocimientos ad honorem puestos en evidencia en nunca agotadas primeras ediciones de Páginas, Librojo, Avietas, Librojo II, etc., títulos de sus obras, ha sabido hacerse respetar dentro del marco de sus actividades, lo cual si no le quita más méritos tampoco se lo suma, puesto que dentro de un marco no ha de resultar tan difícil esta operación. Como todos los comentaristas musicales, historiadores de corcheas, analistas de semifusas y biografos de escalas tiene también el señor Jáuregui la particularidad de confundir los sentidos complicando la sordera con el mal de ojo. Así para explicar los conciertos de órgano a un que se sean de órdago y que tengo por norma llegar siempre tarde a la citara, prefiero los violones de la mazorca a los violines de la mazorca y un tapado de arminio a un destapado de armonio. Hecha esta advertencia pasemos a un artículo que sobre Mozart se mandó el señor Jáuregui el 14 de agosto en la revista "Para Ti". Escuchemos este fragmento:

Quien haya nacido con un cerebro excepcional no crea que ello le da derecho — menos aún en el camino inicial de su vida — a envanecimientos; y no olvide que esa mariposa de vidrio que se va a la cabeza cual vino fuerte, es capaz de ir minando las frescas raíces de su privilegiada existencia para venirse, luego, las dos abajo.

Es tal la acumulación de disparates en estas pocas líneas que declaro decididamente no saber por dónde empezar. A la temeridad de crear una mariposa de vidrio uno el artículo ha pretensión de que se suba a la cabeza, y no conforme con esto todavía la quiere obligar a allentarse con raíces, para lo cual



En "El Hogar" del 10 de agosto, bajo el título: Lo que todo niño conoce antes de acudir a la escuela, aparecieron los siguientes interrogantes con contestación paga:

ESTOY LISTO PARA ASISTIR A CLASE HOY?

Están mis cabellos cepillados

Está mi cara lavada

Están mis ojos limpios

Están mis dientes cepillados

Está mi cuello limpio

Están mis manos lavadas

Están mis uñas limpias

Tengo un flamante pañuelo

Están mis ropas aseadas

Están mis medias limpias

Están mis zapatos brillantes

Pregúnteselo al espejo.

No creo que la amenaza de ningún escorlo llegue al extremo de hacerlo olvidar si se ha lavado la cara, lavado los botines, cepillado el cuero cabelludo, operado de apendicitis, si ha sido arrollado por un omnibus, si tiene las manos tintas en sangre humana o si el cuello ha adquirido el color de la camiseta. Es indudable que si el escorlo se ha olvidado de todo esto, lo más fácil es que ignore también el espejo y la obligación de acudir a clase. Entre todas las preguntas que se deben efectuar al cristal higienista hay una que me ha extrañado sobremanera. Es la que pregunta esto: ¿Están mis medias limpias? Ignoro si el oráculo biselado tiene capacidad para juzgar ciertas prendas de vestir o obligarnos a dar botines carneros, sacarnos los botines, pararnos de cabeza con los pies en dirección al cenit, etc., con el objeto de lograr una buena imagen de la planta, el talón, la puntera o la caña de la media. Trabajo que después de todo resultará completamente inútil si las medias que ostentamos son de color oscuro. Yo por mi parte no tengo ningún reparo en declarar que pocas veces he consultado mi espejo de halaillo para cambiarme las medias y que la última vez que me vi precisado a efectuar el cambio de estas prendas lo hice después de una caminata de Ciudadela a Villa Luro, durante la cual, en forma ostensible y por demás gestiva, fui seguido por varios perros amaestrados, algún cachorro ovejero y uno que otro pomerania. En Villa Luro, algunos solitarios vecinos solicitaron refuerzos policíacos sin mi consentimiento. Trasladado rápidamente al hospital Ramos Mejía fui operado con anestesia local de ambas piernas. Una vez dada de alta me manifestaron que una recada podía ser fatal y cada tres meses debía cambiarme por lo menos una media. Pero a mí me parece que son macanas y cuando se cumplan las tres a lo sumo daré vuelta la izquierda.

# ANIMULA VAGULA





## Después de la Función

ERA una pequeña aldea al Norte de Yorkshire, a tres millas de una estación de ferrocarril. No era una aldea progresista; se limitaba a permanecer tranquila y a respetarse a sí misma. Los cerros la rodeaban y parecían apartarla del resto del mundo. Sin embargo, allí nacían, vivían y morían seres como en los centros más importantes; y se producían intervalos que había que llenar con diversiones que algunos aficionados se encargaban de proporcionar muy de tarde en tarde en el edificio de la escuela. A veces el lugar era visitado por hombres que tocaban campanillas y también por supuestamente que se les tributaba no era una especie de feria de atracciones. Pero se comprendía que ese circo ya no conservaba la gloria de otros tiempos; había decaído visiblemente, como la mayoría de las cosas relacionadas con la aldea.

POR  
**BARRY PAIN**  
ILUSTRACION DE PARGAGNOLI

— decía expresándose con corrección — un secreto muy poco conocido y que procede, según se cree, de aquellos sabios hombres del Oriente, a los que se hace referencia en las Santas Escrituras. Allí proscribió a llenar dos tubos de ensayo, con agua, y colocó algunos cristales azul verdosos en uno y amarillos en el otro. Siguió hablando, introduciendo citas del latín, narrando historias, y haciendo abstracciones personales y locales y volviendo finalmente a sus dos tubos de ensayo, que contenían a hora a unos líquidos casi incoloros. Luego los derramó en una vasija chata, de vidrio, y la mezcla se tornó al momento de un color morado. Arrojó un fragmento de algo sobre la superficie del líquido y el fragmento se incendió rápidamente. Su superchercha favorita tuvo éxito; el auditorio estaba, fuera de toda duda, impresionado, y antes de que se lograra comprender la relación

brillante. Pero a la entrada de la pequeña tienda de lona se hallaba sentado el curandero, fumando en una pipa de barro. Se había quitado la bata de colores y estaba en mangas de camisa. Su ropa era negra, muy usada. Asumía en ese momento, una actitud expectante; le parecía haber oído un sollozo. — Es un mundo abandonado de Dios — dijo en voz alta. Tras un corto silencio habló otra vez. — No. Nunca tuve una bondad, ni siquiera conmigo mismo, aunque haya creído tenerla. De otro modo no hubiera llegado a esto. Se quitó la pipa de la boca y escuchó. De nuevo oyó la voz sollozante; esta vez se levantó y caminó hacia el lugar de donde aquella llegaba. Si allí era. Provenía de un carro colocado bajo la negra sombra de los árboles. Su exterior estaba pintado en forma chillona y había una escalera en la puerta al suelo. Recordó haberla visto en el

— Abra la puerta y tómelo — dijo.  
La puerta se abrió apenas y apareció una mano entumecida que tomó el vaso ansiosamente. La puerta se cerró y la voz habló de nuevo.  
— ¿Será fácil?  
— Sí.  
— Adiós entonces. A su salud. El viejo oyó el ruido que hizo el vaso al caer sobre las tablas del piso y volvió a su asiento, encendiendo cuidadosamente otra pipa.  
— No me iré — dijo en voz alta. — No tengo a nada. Ni siquiera a los resultados de mi mejor acción.  
Escuchó atentamente.  
No se oyó el más ligero murmullo. Todo estaba tranquilo. A lo lejos, el cielo se iba iluminando con la aurora de un hermoso día de verano.



## ASI ES...

por HORACIO BASTERRA

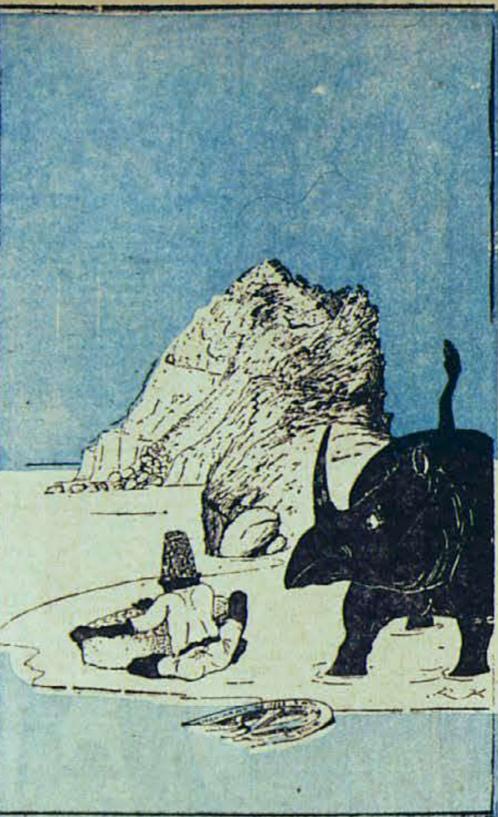
A los libros de los escritores fracasados y rabiosos debería colocarse el rótulo farmacéutico: "Peligro, Veneno".  
Escuchando en Córdoba un "gato con relación" no sé por qué me acordé del Negro Raúl...  
El gaucho ya no busca la acogedora sombra de nuestro viejo y querido ombú. Hay tantas pulperías...  
Parece mentira: Un pato rico.  
Contemplada desde la ventanilla de un tren, nuestra pampa parece un enorme desierto sembrado de cruces.  
Cuando el viejo contrabandista presentaba a su mujer como su legítima esposa, nadie se lo creía...  
La teoría de Freud, debe ser para los que no la comprenden: un enorme libro pornográfico ausente de láminas.  
Para los hombres, no hay regla sin excepción; para los chicos no hay reglas sin dientes.  
Los maniqués "vivants" parecen fracasados tratantes de blancas que no tienen más remedio que explotar su físico honestamente...  
El saucor no estaría tan triste, si supiera que tiene una "copa" para olvidar sus penas.  
El alamo, en el mundo vegetal, es una silueta moderna.  
Las imágenes literarias no son más que exageraciones poéticas.  
Había una vereda que se aprendió todo un diccionario de malas palabras, en un día de lluvia; había una baldosa movédica.  
La imaginación de dos mujeres que se contemplan no alcanza casi nunca a los dos metros. Va tan sólo de los zapatos y termina en la copa del sombrero.  
Cosas de ahora: los libros se venden por kilo y el pan... por hoja...  
La situación económica actual ha creado un nuevo tipo de turismo: el turismo de la miseria.  
HISTORIETA  
Pepe el lechero, cuando hacía correr el agua en sus tazos de leche, refranaba: "agua que no has de beber, déjala correr"... Un día y como si esto fuera una paradoja, se

## Cómo el Rinoceronte Obtuvo su Piel

( CUENTO PARA NIÑOS )

HABIA una vez un Parsi que vivía en una isla inhabitada, a orillas del Mar Rojo, y en cuyo go-tro se reflejaba el sol con esplendor más que oriental. Y ese Parsi no tenía más que su gorro y su cuchillo y hornillo de la clase que no hay que tocar nunca. Y un día ese Parsi tomó harina y agua y pasas y ciruelas pasas y azúcar y cosas, y se hizo para sí torta de medio metro de través y grueso de un metro. Era de veras un comestible superior (eso es magia), y la puso en el hornillo porque a él se le permitía cocinar en ese hornillo, y la horneó y la horneó hasta que se tostó bien toda y dió un olor muy sentimental.  
Pero justo cuando se disponía a comerla, bajó a las orillas del Mar Rojo, desde el interior del país completamente inhabitado, un rinoceronte con un cuerno en su nariz, ojos de chanchito y pocas buenas maneras. En aquellos días la piel del rinoceronte le quedaba justa y estrada; no se arrugaba en ningún lado. Era idéntico a un rinoceronte de Arca de Noé, pero claro que más grande. De todos modos, no tenía buenas maneras entonces, y no las tiene ahora. Ni las tendrá nunca. Dijo: "¿Cómo?" y ese Parsi dejó la torta y trepó a la cima de una palma con sólo su gorro, donde el sol se reflejaba siempre con esplendor más que oriental. Y el rinoceronte volcó el hornillo con su nariz, y la

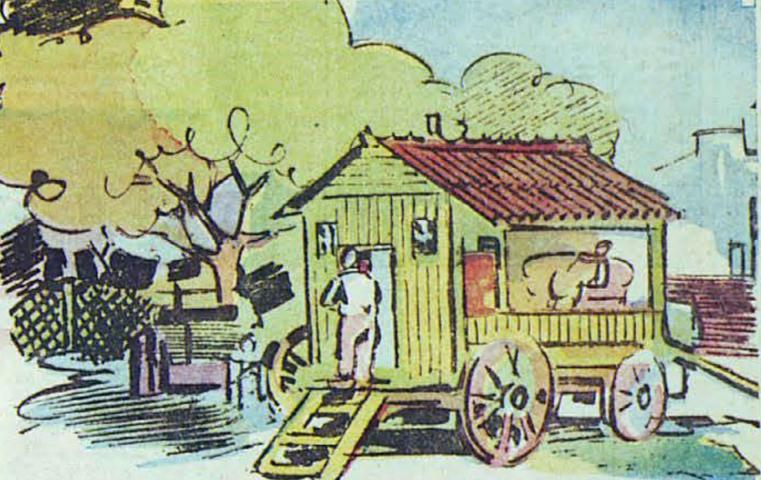
torta rodó por la arena, y él la traspasó con el cuerno de su nariz, y se la comió, y se fue coleando al desierto y exclusivamente inhabitado interior del país, que terminaba hacia las islas Mazanderán y Socotra, y los promontorios del Mayor Equinoccio. Entonces ese Parsi bajó de su palma y repuso el hornillo en pie y recitó la siguiente estrofa que, como no la habéis oído aún, procedo a referir:  
Merece una pena fea  
El que así se escamotea  
Las tortas que el Parsi hornea  
Y había en ello mucho más de lo que creerías, pues cinco semanas más tarde hubo una ola de calor por el Mar Rojo, y todo el mundo se sacó cuanto pilcha llevaba. Ese Parsi se sacó el gorro, pero el rinoceronte se sacó la piel y la traía en su lomo cuando bajó a las orillas del Mar Rojo a bañarse. En aquellos días su piel se abotonaba debajo con tres botones y parecía un impermeable. No dijo nada de la torta del Parsi, porque la comió toda; y nunca tuvo buenas maneras, ni entonces, ni ahora, ni después. Contentándose entró directo al agua, dejando su piel en la orilla, y con su nariz bulló al agua de burbujas.  
Luego vino ese Parsi y encontró la piel, y sonrió con sonrisa que corrió dos veces por toda la cara. Luego halló tres veces en ronda y se frotó las manos más de cuatro veces.  
Después se fue a su vivaque y llenó su gorro con migas de torta, pues ese Parsi no comía sino tortas, y nunca barria su suelo. Tomó aquella piel, y sacudió aquella piel, y frotó aquella piel con tal relleno de migas de torta, viejas, secas, rancias, cosquillosas, como podía contener. Luego trepó a su palma y esperó que el rinoceronte saliera del agua y se vistiera. Y el rinoceronte hizo así. Se abotonó su piel con los tres botones, y sintió que picaba como migas de torta en la cama. Entonces quiso rascarse, y fue peor. Entonces se echó al suelo y rodó y rodó por las arenas, y cada vez que rodaba las migas de torta lo cosquilleaban peor y peor y peor. Entonces corrió hasta la palma y se res-



Este es el dibujo del Parsi emperando a comer su torta en la Isla Inhabitada del Mar Rojo un día muy caluroso; y del rinoceronte viniendo del interior del país completamente inhabitado, que como veis de veras, es todo rocoso. La piel del rinoceronte es bien lisa, y los tres botones que la abotonan están debajo, así que no puedes verlos. Las cositas en el gorro del Parsi son los rayos del sol que se reflejan con esplendor más que oriental, pues si yo dibujara rayos reales habrían llenado toda la figura. La torta tiene pasas, y la cosa como una rueda en la arena perteneció a uno de los carros de guerra del faraón cuando intentó cruzar el Mar Rojo. El Parsi la encontró, y la guardó para jugar con ella. Yo no preguntaría nada de hornillo, si yo fuera tú

trégó y restregó y restregó contra ella, tanto y tan fuerte que se arrugó su piel en un gran pliegue sobre el lomo y otro debajo, donde solían estar los tres botones (pero se los arrancó con tanto restregar), y se hizo unos pliegues más sobre las patas. Y se puso de pésimo humor, aunque a las migas de

POR  
**Rudyard Kipling**  
ILUSTRACION DEL AUTOR



El primer día de la función estaba próximo a concluirse: eran las diez y media de la noche y a las once debía clausurarse el espectáculo hasta la mañana siguiente. Esta última media hora resultó muy productiva. Había mucha concurrencia y los propietarios de las diferentes tiendas embolsaban los peniques rápidamente, aunque no tan rápido como el dueño de una en la que, a oferta, un casi repugnante espectáculo. Una crecida multitud rodeaba la tienda que ostentaba la siguiente inscripción: "Confederación de ciencias populares" "Entrada libre".  
En la carpa había una mesa cubierta con una bayeta roja, sobre la que se veían botellas y vasos, un cráneo humano, una retorta, un gran libro y algunos manojos de hierbas secas. Detrás de ella estaba el conferenciante, un viejo seco, anguloso, vestido con una bata de colores brillantes. Hablaba con agilidad y entusiasmo, su rostro arrebatado por el calor de la tienda:  
— Voy a exhibir ante ustedes,

que pudiera existir entre un tema y otro, el viejo comenzó a hablar del abdomen. Parecía saber las más íntimas e inenarrables cosas acerca del abdomen. Había confeccionado pillores que convenían a sus peculiares necesidades y las vendía en cajas al precio de seis peniques y un chelín, de acuerdo al tamaño. Vendió cuatro cajas en seguida. En ese momento apareció, abriéndose paso, una mujer. Era una mujer muy pobre. ¿Podría obtener una caja de pillores a mitad de precio? Sería una bondad grande...  
El hombre la interrumpió con voz seca:  
— Mujer, nunca hee una bondad a nadie, ni siquiera a mí mismo. — Sin embargo, una mañana amiga puso algún dinero en las de la mujer y ésta compró dos cajas.  
Eran más de las doce de la noche. Las luces de los diferentes carros y tiendas se habían apagado, y sus cansados propietarios dormían. Las tumbas del cementerio de la iglesia resplandecían de blancura, bajo la luna

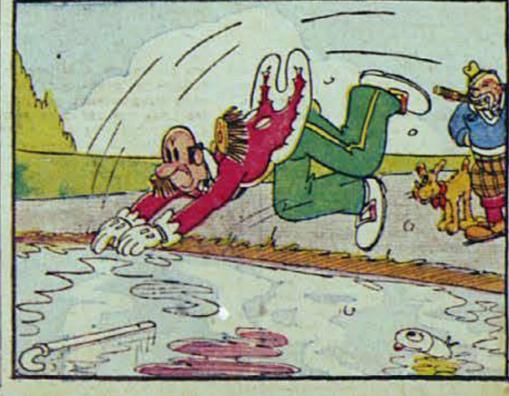
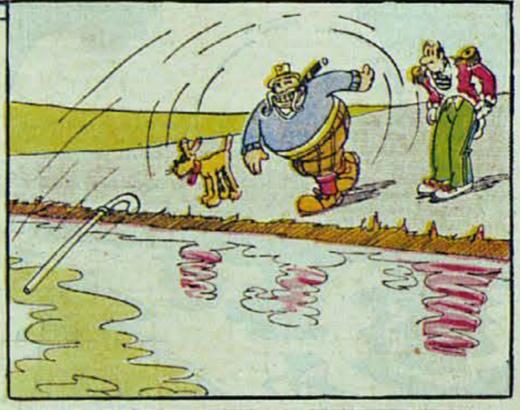
trancurso del día. Era evidente que alguien, en el interior, se encontraba en una gran aflicción. El viejo golpeó a la puerta, suavemente.  
— ¿Quién está allí? ¿Qué pasa?  
— Nada — contestó una vez quebrada.  
— ¿Es usted mujer?  
Hubo una risa medrosa.  
— Ni mujer ni hombre: un espectáculo.  
— ¿Qué quiere usted decir?  
— De vuelta hacia el costado del carro y veré.  
El viejo obedeció y a la luz de dos fosforos vio parte de la pintura gruesa que cubría ese lado del carro. Los fosforos cayeron de su mano. Volvió y se sentó en los escalones del carro.  
— Usted no es así — dijo.  
— No. Soy peor. No estoy ataviada con vestidos lujosos ni estoy echada en una otomana de terciopelo carmesí. Estoy medio desnuda, en un rincón de este maldito carro, llorando porque el patrón me golpea. Ahora, váyase o abrá la puerta y me mostrará a usted como soy. Eso lo aterrará y le quitará el sueño.  
Nada me asusta. Una vez fui tonto, pero nunca me he asustado. ¿Qué derecho tiene el patrón sobre usted?  
— Es mi padre — gritó la voz. Luego se oyeron más sollozos. ¡Es horrible! — prosiguió —. Yo soportaría cualquier cosa ahora si supiera que esto mejoraría alguna vez; pero no mejorará. Mi espíritu es el de una mujer, y mis deseos son los de una mujer; pero yo no soy mujer. Soy un espectáculo. Esos bestias me rodean, me hablan, me tocan. — Murmuró el hombre, después de una pausa.  
— Ya lo sé... pero no me atrevo. He conseguido una cosa, pero no osaría tomarla.  
— ¿Se animaría a tomar algo, algo que no le produzca dolor?  
— Sí.  
— Está usted sola?  
— Sí. El patrón está en la taberna.  
— Entonces, espere un minuto. El viejo se apresuró a volver a su tienda y buscó entre sus medicamentos, murmurando algo acerca de hacerle un bien a alguien, por fin. Luego volvió al carro llevando un vaso con un líquido incoloro.

## Crúcese de Palabras

ALERO	BEATA
CELOSOS	VESTAL
ACOGEDOR	ICORIDEO
MEDOCRIADA	OSADA
ARA	TA
ON	AMBIS
ANORZA	ATABAL
BOOTH	ORURO
ABASTO	SEGURA
ABUCE	ALIETA
LASSO	ESSENAMUR
ESTIPELA	NAZARENO
OGIOSO	ANADES
SAONA	AROSA

(Soluciones del Número Anterior)

## El Nuevo Rico por Héctor Rodríguez



# UNA VENGANZA



El señor Honneger, con la misma flemá con que había dispuesto su pipa para dar grandes bocanadas de humo, argumentó en contra de la idiosincrasia de ciertos individuos inclinados siempre al mal, tal como si esta fuera su única finalidad: el mal por el mal mismo.

Mis argumentos fueron por demás plurales e hablé del perdón y la tolerancia para con esos seres. Después de escucharme largamente, sin hacerme la menor interrupción ni dar muestra de impaciencia, una vez que hubo callado, con las primeras bocanadas de humo de su pipa, comenzó diciendo:

—A los individuos que nacen con la tendencia al mal jamás se les podrá hacer reaccionar contrariamente a su naturaleza. Cuando más definida es su característica, tanto más difícil es.

Si es verdad que la naturaleza humana es susceptible a modificaciones, mediante la educación y la influencia del medio ambiente, también es cierto, y esto puede afirmarse sin ningún temor a equivocarnos, de que un verdadero carácter no se deforma. Asimismo débil y artificialmente las modalidades del medio, pero se revela tal como es en la primera ocasión que se le presenta, pronto a mostrar su alma al desnudo.

La piedad y el perdón, resabios místicos, aun cuando nos consuelan un tanto al pensarlos, debemos confesar que son completamente estériles y aún perniciosos en la práctica, si se quiere. A menudo esconden estos nuestra debilidad y flaquezas.

Alguien me confesaba un día, mientras yo le exhortaba a tomar una resolución enérgica, para repeler el mal que le infligía uno de esos sujetos que se sentía incapaz. No porque el sujeto no mereciera un castigo, sino para evitarle cargas de conciencia y estar siempre reconciliado consigo mismo.

[Notable confesión! Si bien es consolador sentir hablar de este modo, no lo son en cambio sus efectos. El mal sujeto que lo hace víctima a él, seguirá haciendo víctima a otros hombres buenos y esto es más inhumano, si se quiere, que castigar al victimario.

Opino que el castigo y las medidas correctivas son de suma necesidad. La misma rigidez e implacabilidad del libro de las leyes me parecen justas. Porque estas leyes al crearse, no han tenido en cuenta la sensiblería del vulgo y están fundamentadas en algo más sólido. Humanizar estas ha sido tan sólo un lirismo de la ciencia criminológica moderna, que ya cuenta con un sinnúmero de fracasos.

Al terminar de decir esto, el señor Honneger, guardó silencio. Elevó la pipa a los labios y lanzó dos o tres grandes bocanadas de humo. Tuve tiempo de reflexionar y comprobar a la vez, con dolor, cómo variaba y se metamorfoseaba en mi espíritu el antiguo concepto que tenía formado de él. Sus palabras me revelaron a un personaje tan distinta a la que me había imaginado siempre. Le creía un hombre bonachón, y sobre todo muy tolerante. El cómo si hubiese penetrado en la esencia íntima de mi pensamiento, continuó diciendo:

—Si, señor. Yo de mi parte, jamás he podido tolerar que se me ofendiera o dañara impunemente en lo más mínimo. Siempre que algo de esto me ocurre suelo hacerles pagar de algún modo.

esos de caracteres íntegros, de una sola pieza, fuertemente inclinados al mal. Ejercía un ascendiente poderoso sobre todos los que lo rodeaban, y terminaba por convertirlos en instrumentos de sus caprichos llenos de instintiva perversidad. De este modo consiguió labrar la ruina y la desgracia de muchos de ellos.

Yo, de mi parte, siempre supe resistirle. No me doblegaba tan fácilmente a sus deseos. Y sólo débilmente y contra de mi voluntad, cuando impotente por



ni inferioridad física, solía hacerme dormir y me daba por vencido. Pero en estos casos, era siempre una deuda contrada que a la larga tenía que pagarme. No me resignaba a ser impunemente víctima suya. El yo sabía también, por eso me tenía ejerza, y se cuidaba muy bien de disimular sus malos propósitos. Sin embargo, en cuanto se le presentaba la oportunidad, la ocasión, sabía aprovecharlas. Las que sin dudas me valieron mucha adversidad y disgustos.

Lo que culminó mi odio contra él fue, cuando por medios de intrigas hizo que rompiera mi compromiso matrimonial con Mabel. Aquella contrariedad me alejó por un largo tiempo de Holanda, mi país. Sólo a la vuelta supe que Erik se había casado con la que antes fuera mi novia, abandonándola luego, en medio de la ruina y la desgracia de toda su familia.

Yo nunca había sabido hasta entonces lo que era llanto, y por primera vez en mi vida, experimenté la voluptuosidad del tibio calor de las lágrimas al deslizarse en mis mejillas, cuando me enteraron de todas las desventuras y la muerte de la buena Mabel. Mi rencor y mi odio, con este triste episodio, fue acrecentándose hasta el punto, que pronto se trocó en un terrible deseo de venganza. Sólo esperaba la ocasión. Y la esperé largamente, confiado y seguro de que algún día había de presentarse.

Aparentemente, nuestras relaciones fueron reanudadas, al encontrarnos al servicio de una misma oficina del Estado. Desde el primer momento traté de disimular bien mis ocultos sentimientos, ofreciéndole mi cordial e inalterable amistad de otros tiempos. Aun cuando su carácter rápido y pendenciero trató muchas veces de soliviantar mi ánimo. Yo siempre con buenas palabras conjuraba sus pendencias, y mansamente le toleraba muchas cosas. El fin justificaba los medios, me decía. Algún día has de pagármelas todas.

Por la misma razón que cuando fui enterado que por orden del Ministerio de Colonias, yo y Erik habíamos sido destinados en misión a la Malasia me puse contento. Hablando con él le manifesté todo lo contrario. Me mostraba contrariado con la designación que había recaído sobre mí, pues opinaba que era ésta una empresa ardua y peligrosa que estaba por encima de mi valor.

El al oír esto se reía grosera y burlescamente de mí. [Que voluptuosidad experimenté entonces, al ocultar con flaquezas todas mis reales fuerzas! Sus insolentes risotadas me hicieron gustar y saborear doblemente dulce mi oculto propósito de venganza.

Las noches que precedieron a nuestra partida, Erik anduvo de parranda por todos los alrededores del puerto, despendiéndose en cada borrachera que parecía volverse loco. Era su modo de festejar los acontecimientos que le proporcionaban alguna alegría.

Los meses después nos encontramos en plenas selvas de Sumatra, acompañados en cubañas a más de trescientos kilómetros de Palembang.

No faltaron ocasiones de desahogarme de él; pero me resistía a tener que recurrir al eterno recurso de "víctima de caza". Seguro de mí mismo, a la vez que esperaba oportunidad más propicia, me gustaba alargar lo más posible el tiempo, para saborear mejor el placer de la venganza, ese fuerte y agradable manjar condimentado por el Demonio, como diría Schopenhauer.

En diversas ocasiones, debido a sus operaciones dolosas al margen de nuestra misión, y a su reprochable conducta de borracho empedernido, tuve que llamarlo al orden. Pero él continuaba siendo el mismo de siempre, y a menudo se reía de mis aseveraciones.

El reía, sí, reía; porque no sabía que lo tenía preso entre mis garras; porque ignoraba que hacía tiempo que, ante el recuerdo de la imagen de la buena Mabel, había jurado castigarle y vengarme de él, y de que algún día había de cumplirse mi juramento.



to, porque soy de los que no se desdican nunca. Una vez, en Palembang, de vuelta del campamento, para informar a las autoridades de nuestro país acerca del resultado de nuestra expedición, se gastó todo el dinero que llevaba encima en francachelas con marineros del puerto e indígenas de la localidad. En esa "ocasión" me robó la cartera con más de trescientas libras esterlinas. Esta vez me indignó de tal manera que, al quererle reprender, estuvimos a punto de irnos a las manos.

Al marcharnos de nuevo al campamento, las autoridades me confiaron una fuerte suma de dinero destinada a realizar importantes trabajos en la localidad donde acampábamos. El dinero me fue entregado bajo llave en un cofre de acero. Era toda una caja de seguridad. Entre las provisiones, que debían durarnos algunos meses, para mi uso particular, llevaba varias botellas de licores incluyendo una tan solamente de whisky.

Conociendo a Erik, como yo lo conocía, al volver a la cabaña después de tomar todas las precauciones que venían al caso, aprovechando una breve ausencia de éste, puse mi plan en acción, el mismo que había venido rumiando durante todo el trayecto que nos reparaba de Palembang al campamento.

Cuando él volvió, le advertí firmemente, que no violara el cofre. Ese dinero es del Estado y es sagrado, le dije. Y luego le repetí muchas veces de que se cuidara de tocar y de beber el whisky de la botella, y me retiré.

Algunas horas más tarde regresé a la cabaña. Como yo lo había previsto... Erik había desaparecido con el cofre y la botella de whisky. Dejándome tan sólo un papel escrito, sobre la mesa, concebido en estos términos, como burlándose de mí: "El whisky me lo llevo también, para bebermelo a tu salud, Erik".

Al llegar aquí, el señor Honneger, sonriendo malignamente, guardó silencio y volviendo a llevarse la pipa a los labios, empezó a lanzar grandes bocanadas de humo.

POR HORACIO NANI Ilustración de Sorazabal

# Peloponeso y Jazmin ★ por Hamlim

DE MODO QUE LE PARECE QUE HEMOS SIDO LOCOS, DEJANDO IR A PELOPONESO. ¿CUANDO SOLO, AL ME VA A PAIS DEL ASCENDER REY TUNK A SARGENTO? EH, CABO?

TAMBIÉN ES POSIBLE QUE EL ARME UNA BATALLA Y LA GANE; PERO DUDO, PORQUE HA PRESCINDIDO DE MI NAPOLEONIDAD MILITAR.

¿QUE HACEMOS, SARGENTO?

USTED ES COMO EL VENCEDOR DE AUSTERLITZ; PROMUEVE A SUS OFICIALES EN EL CAMPO DE BATALLA.

TENIENTE: ES JUSTAMENTE LO QUE USTED MEDECE.

ESPERO QUE SU PLAN DE BUENOS RESULTADOS, COMANDANTE; HASTA LUEGO.

OIGAN, MUCHACHOS: SUBAN TODOS A LAS CIMAS DE ESTOS ARBOLES.

¡DETÉN GANLO! BAMB! CRACK! OH, MI CABEZA! BAM! OUCH! Sock! Sock!

¡CUIDADO! SE ESCAPO... NO LO DEJEN HUIR.

¡MUERA! AGÁRRENLO, MUCHACHOS.

¡SOCORRO! ¡JAZMIN!

¡AHÍ VIENE CORRIENDO PELOPONESO, PERSEGUIDO POR UN EJÉRCITO DE ENEMIGOS!

¡ESPEREN MI ORDEN PARA ATACAR!

VIENE CON QUINCE CENTÍMETROS DE LENGUA SOBRE LA BARBA.

BUENO; ESTAMOS LISTOS.

TODO EL EJÉRCITO DEL REY TUNK VIENE DETRÁS MIO.

¡NO SEA IDIOTA! NO TENEMOS NINGUNA PROBABILIDAD DE GANAR. ¡TRAJERON AEROPLANOS!

¡LASTIMA QUE NO HAY UN DEPORTE DE LE MATIN!

¡ADELANTE, SOLDADOS!

¿QUE PASA?

REY TUNK: NUESTRO EJÉRCITO ESTÁ DERROTADO; EL REY GUS LO ATACA CON EL ÚLTIMO ATACANTE DE LA TÉCNICA GUERRERA: BOMBAS DE COCO.

¿QUÉ?

ENVIARÉ UNA NOTA A GINEBRA Y PROVOCARÉ LA REUNIÓN DE NEUTRALES Y 300 ENTREDICHOS DIPLOMÁTICOS. ¡TRAIGAN MI HACHA!

SE HAN ATREVIDO A DERROTAR MI EJÉRCITO; ¡GRRR!... ¡INICIARÉ LA GUERRA QUÍMICA!

VOY A VENCER SOLO A TODO EL EJÉRCITO ENEMIGO, CON ESTE TANQUE ACORAZADO.

CORONEL: SU PLAN FUE UNA VERDADERA OBRA DE ARTE. PINTARÁ UN CUADRO DIGNO ESTUOIE DE UN ESPE EN LA ACADEMIA EN DEMIA ESCENAS MILITARES PRUSIANA.

¡HUM! NO PUEDO DISTINGUIRLO UN BUQUE A VAPOR!

CUANDO VEAS ACERCARSE A LOS SOLDADOS ENEMIGOS, MANDALES UN SALUDO DE PARTE MIA SI, SEÑOR.

CABO PELOPONESO: VA A VER QUE ES ESO.

¡ES JAZMIN, PERO LE FALTA EL MONO ROCOCO EN EL PESQUEZO!